

CHICO XAVIER
pelo Espírito NEIO LÚCIO

ALVORADA CRISTÃ



FEB

ALBORADA CRISTIANA

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER

Por el Espíritu Neio Lúcio

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
1. SIGAMOS CON JESÚS	8
2. EN LA DIRECCIÓN DEL BIEN	10
3. PEQUEÑA HISTORIA	12
4. PREMIO AL SACRIFICIO	14
5. EL SIERVO FELIZ	17
6. REBELDÍA	20
7. EL GRAN PRINCIPE	23
8. EL JUEZ RECTO	26
9. EL RICACHÓN DISTRAÍDO	28
10. EL BURRO DE CARGA	31
11. LA LECCIÓN INOLVIDABLE	34
12. EL ARMA INFALIBLE	37
13. EL SERVIDOR NEGLIGENTE	40
14. EL DESCUIDO IMPENSADO	43
15. EL PODER DE LA GENTILEZA	46
16. LA TRILOGÍA BENDITA	49
17. LA CUENTA DE LA VIDA	52

18. LA AMISTAD REAL	55
19. LA ENSEÑANZA VIVA	58
20. EL ELOGIO DE LA ABEJA	61
21. EL CARNERO REBELDE	64
22. EL PEOR ENEMIGO	67
23. LA DECISIÓN SABIA	70
24. EL APRENDIZ DESILUSIONADO	73
25. LA FALSA MENDIGA	75
26. EL GRITO DE CÓLERA	78
27. CARTA PATERNA	81
28. EL SERMÓN FUNDAMENTAL	84
29. EL BARRO DESOBEDIENTE	87
30. DA DE TI MISMO	90
31. LA LEYENDA DEL DINERO	92
32. LA SENTENCIA CRISTIANA	95
33. VIVIREMOS SIEMPRE	97

INTRODUCCIÓN

Las páginas de Neio Lucio, consagradas a las mentes juveniles en todos los patrones de la experiencia física, son, en verdad, un valioso curso de iluminación espiritual.

Sementera de principios renovadores, aquí encontramos avanzadas nociones de justicia y bondad para la elevación de la vida. Y en la lucha terrestre, en sus fundamentos, aún incluso considerada en el sector expiatorio, se resume la obra educativa para la eternidad.

La instrucción es, sin duda, la milagrosa palanca del progreso. Sin ella, preservaría la mente humana en los resbaladeros de la ignorancia, confinada a la miseria, a la ociosidad, a la indigencia y al infortunio, a través de la delincuencia pública y de la corrección en la penitenciaria.

Pero no basta esclarecer la inteligencia, repetiremos aún y siempre. Es imprescindible perfeccionar el corazón en los caminos del bien.

Nerón, el tirano, era discípulo de Séneca, el filósofo.

Tito, el príncipe admirable, que acostumbraba decir “perdí mi día”, cuando la noche lo alcanzaba sin realizar algún gesto excepcional de bondad, mandó a masacrar a más de diez mil israelitas enfermos, abatidos y mutilados, después de arruinar Jerusalén.

Marco Aurelio, el emperador virtuoso y sabio, consintió en la matanza de cristianos indefensos.

Ignacio de Loyola, maravillosamente bien intencionado, tenía el cerebro lleno de letras cuando incentivó la persecución religiosa.

Marat, el demagogo sanguinario, era periodista de méritos e intelectual de renombre.

Todos los que hacen la guerra, dictadores y revolucionarios, antiguos y modernos, fueron incubados en la convivencia de profesores ilustres, de páginas científicas, de libros técnicos o de universidades famosas.

La razón sin luz puede transformarse en un simple cálculo.

La instrucción y la ciencia son puertas de acceso a la educación y la sabiduría.

Quien apenas conoce no siempre sabe.

La cultura del espíritu va más lejos: ayuda al hombre a convertirse en un santuario vivo, a través del cual se irradia el poder soberano y misericordioso.

Es necesario, pues, sembrar pensamientos ennoblecedores y santificantes, amparando a la mente que empieza la lección del perfeccionamiento individual.

Olvidar la infancia y la juventud sería despreciar el futuro.

Regocijándonos, así, con la tarea del amigo que nos donó estas páginas, llenas de sentimiento paternal y de idealismo superior, saludamos, en compañía de él, la alborada sublime de amor y paz, que resplandece con Jesús, para la tierra del mañana, regenerada y feliz.

Emmanuel, Mensajero Espiritual
Pedro Leopoldo, 21 de junio de 1948

1. SIGAMOS CON JESÚS

Mahoma fue un valeroso conductor de hombres.

Millones de personas se arrodillaran a sus órdenes.

Sin embargo, dejó el cuerpo como cualquier mortal y sus restos fueron encerrados en una urna, que es visitada anualmente, por millares de curiosos y seguidores.

Carlos V, poderoso emperador de España, soñó con el dominio de toda la tierra, dispuso de riquezas inmensas, gobernó muchas regiones; entre tanto, entregó un día la corona y el manto al refugio del polvo.

Napoleón era un gran hombre.

Hizo muchas guerras.

Dominó a millones de criaturas.

Dejó el nombre inolvidable en el libro de las naciones.

Hoy, todavía, su túmulo es venerado en París...

Mucha gente hace peregrinaciones hasta allá, para visitarle los huesos...

Como sucede con Mahoma, con Carlos V y con Napoleón, los mayores héroes del mundo son recordados en monumentos que les guardan los despojos.

Con Jesús, sin embargo, es diferente.

En el túmulo de nuestro señor, no hay señales de cenizas humanas.

Ni piedras preciosas, ni mármoles costosos, con frases que indiquen, allí, la presencia de carne y sangre.

Cuando los apóstoles visitaron el sepulcro en la gloriosa mañana de la resurrección, no había allí ni luto, ni tristeza.

Allá encontraron un mensajero del reino espiritual que les afirmó: “no está aquí”.

Y el túmulo esta abierto y vacío, hace casi dos mil años.

Siguiendo, pues, con Jesús a través de la lucha de cada día, jamás encontraremos la angustia de la muerte, y si la vida incesante.

En el camino de los notables orientadores del mundo podremos encontrar hermosos espectáculos de gloria pasajera; con todo, es muy difícil no terminar la experiencia en desilusión y polvo.

Solamente Jesús ofrece una senda invariable para la resurrección divina.

Quien se desenvuelve, por lo tanto, con el ejemplo y la palabra del Maestro, trabajando por revelar la bondad y la luz, en sí mismo, desde las luchas y enseñanzas del mundo, puede ser considerado un ciudadano celeste.

2. EN LA DIRECCIÓN DEL BIEN

El Señor todo lo creó en la dirección del bien.

Todas las criaturas, por esto, son llamadas a producir provechosamente.

La hierba tierna sustenta a los animales.

La fuente oculta socorre al insecto humilde.

El árbol es un bendito compañero de los hombres.

La flor producirá fruto.

El fruto nos dará la mesa llena.

El río distribuye las aguas.

La lluvia lava el cielo y sacia la tierra sedienta.

La piedra hace las bases de nuestra casa.

La buena palabra revela el buen camino.

¿Cómo desconocer los santos propósitos de la vida, si la naturaleza que la sustenta refleja los santos designios de la Providencia?

Gran escuela para nuestro espíritu, es la tierra, un libro gigantesco en el podemos leer el mensaje de amor universal que el Padre Celeste nos envía.

Desde la gota de rocío que alimenta al cactus espinoso, a la luz del sol que brilla en lo alto para todos los seres, podemos sentir el ruego de la infinita sabiduría al servicio de la cooperación en la felicidad, en la paz y la alegría de los semejantes.

Todo hombre y toda mujer nacen en el mundo para tareas santificantes, según la ley divina.

Con alegría, el buen administrador gobierna los intereses del pueblo.

Con alegría, el buen labrador ara el suelo y protege la sementera

El hombre que siembra en el campo, garantizando la subsistencia de las criaturas, es hermano de aquel que dirige el pensamiento de las naciones para el conocimiento divino.

La mujer que recibe homenajes por sus virtudes públicas es hermana de aquella que, en la intimidad del hogar, se sacrifica por el niño enfermo.

Dios conoce a las personas por lo que producen, así como nosotros conocemos a los árboles por los frutos que nos dan.

En razón de esto, los hombres buenos son amados y respetados.

La presencia de ellos atrae el cariño y la veneración de los semejantes. Los malos, sin embargo, son portadores de acciones y palabras indeseables, y toda la gente evita la convivencia con ellos, igual como nos apartamos de las plantas espinosas e ingratas.

El hombre bueno comprende que la vida le pide la bendición del servicio y se levanta cada mañana pensando: – ¡Qué bello día para trabajar!

El malo, sin embargo, se levanta de mal humor. No sabe sonreír a los que lo acompañan y acostumbra exclamar: – ¡Qué día terrible! ¡Qué destino cruel! ¡Detesto el trabajo y odio la vida!

Un hombre como ese, precisa del auxilio de los hombres buenos, porque al no dedicarse al servicio digno será realmente muy infeliz.

3. PEQUEÑA HISTORIA

Un día, la gota de agua, el rayo de luz, la abeja y el hombre perezoso llegaron al trono de Dios.

El Todopoderoso los recibió con bondad, y les preguntó por lo que hacían.

La gota de agua avanzó y dijo:

– Señor, yo estuve en un terreno casi desierto, auxiliando a una raíz de naranjo. Vi a muchos árboles sufriendo sed y a diversos animales que pasaban, afligidos, procurando manantiales. Hice lo que pude, pero vengo a pedirte otras gotas de agua para que me ayuden a socorrer a todos los que necesiten de nosotras.

El Padre sonrió, satisfecho, y exclamó:

– ¡Bienaventurada seas por entender mis obras! Te daré los recursos de las lluvias y de las fuentes.

Después, el rayo de luz se adelantó y habló:

– Señor, yo descendí...descendí...y encontré el fondo de un abismo. En ese antro, combatí la sombra, cuanto me fue posible, pero noté la presencia de muchas criaturas suplicando claridad. Vengo al cielo a rogarte otros rayos de luz que cooperen conmigo en la liberación de todos aquellos que, en el mundo, sufren aún la presión de las sombras.

El Padre, contento, respondió:

– Bienaventurado seas por el servicio a la creación. Te daré el consuelo del sol, de las lámparas, de los libros iluminados y de las buenas palabras que se encuentran en la tierra.

Después de eso, la abeja se explicó:

– Señor, he fabricado toda la miel, al alcance de mis posibilidades. Pero veo tantos niños flacos y enfermos, que vengo a implorarte más flores y más abejas, con el fin de aumentar la producción...

El Padre, muy feliz, la bendijo y le contestó:

– Bienaventurada seas por los servicios que prestaste. Te concederé nuevos jardines y nuevas compañeras.

Enseguida, el hombre perezoso fue llamado a hablar.

Puso una cara desagradable e informó:

– Señor, nada conseguí hacer. Por todos lados, encontré la envidia y la persecución, el odio y la maldad. Tuve los brazos atados por la ingratitud de mis semejantes. Tanta gente mala permanecía en mi camino que, en verdad, nada pude hacer.

El Padre bondadoso, con expresión de descontentamiento, exclamó:

– Infeliz de ti, que despreciaste los dones que te di. Te adormeciste en la pereza y nada hiciste. Los seres pequeñitos y humildes alegraron mi trono con el relato de sus trabajos, pero tu boca sólo sabe quejarse, como si la inteligencia y las manos que te confié para nada sirviesen. ¡Retírate! Los hijos inútiles e ingratos no deben buscarme la presencia. Regresa al mundo y no vuelvas a buscarme mientras no aprendas a servir.

La gota de agua regresó, cristalina y bella.

El rayo de luz retornó a los abismos, brillando cada vez más.

La abeja descendió, zumbando feliz.

El hombre perezoso, sin embargo, se retiró muy triste.

4. PREMIO AL SACRIFICIO

Tres hermanos dedicados a Jesús leyeron en el evangelio que cada hombre recibirá siempre, de acuerdo con sus obras, y prometieron cumplir las lecciones del Maestro.

El primero se colocó en la industria del hilo del algodón y, de tal modo se aplicó al servicio que, en breve tiempo, pasó a la condición de interesado en las ganancias administrativas. Al cabo de 25 años, era el jefe de la organización y adquirió títulos de verdadero benefactor del pueblo. Ganaba dinero con inmensa facilidad y socorría a infortunados y sufrientes. Dividía el trabajo equitativamente y distribuía los lucros con justicia y bondad.

El segundo estudió mucho tiempo y se hizo un juez famoso. Aunque gozase del respeto y de la estima de sus contemporáneos, jamás olvidó los compromisos que asumiera delante del evangelio. Defendió a los humildes, auxilió a los pobres y liberó a muchos prisioneros perseguidos por la maldad. De juez se tornó legislador y cooperó en la confesión de leyes benéficas y edificantes. Vivió siempre honrado, rico, feliz, correcto y digno.

El tercero, sin embargo, era paralítico. No podía usar la inteligencia con facilidad. No podría comandar una fábrica, ni dominar un tribunal. Tenía las piernas secas. El lecho era su residencia. No obstante, recordó que podía hacer un servicio de oración y comenzó la tarea por la humilde mujer que le hacía la limpieza doméstica.

La vio triste y llena de lágrimas y trató de conocer su tristeza con discreción y fraternidad. La confortó con ternura

de hermano. La invitó a orar y pidió para ella las bendiciones divinas.

Bastó esto, y, enseguida, traídos por la servidora reconocida, otros sufrientes venían a rogarle el concurso de la oración. El sencillo aposento se llenó de necesitados. Oraba en compañía de todos, les ofrecía la sonrisa de confianza en la bondad celeste. Comentaba los beneficios del dolor, exponía sus esperanzas en el Reino Divino. Daba de sí mismo, gastando emociones y energías en el santo servicio del bien. Escribía innumerables cartas, consolando viudas y huérfanos, enfermos y desafortunados, insuflándoles paz y coraje. Comía poco y reposaba menos. Tanto sufrió con los dolores ajenos que llegó a olvidarse de sí mismo, y tanto trabajó que perdió el don de la vista. Ciego, de todas maneras, no quedó solo. Prosiguió colaborando con los que sufrían, a través de la oración, ayudándolos cada vez más.

Murieron los tres hermanos, en edad avanzada, con pequeñas diferencias de tiempo.

Cuando se reunieron, en la vida espiritual, vino un Ángel a examinarles las obras con una balanza.

El industrial y el juez traían un gran equipaje, constituido de varias bolsas, repletas con el dinero y las sentencias que habían distribuido en beneficio de muchos. El servidor de la oración traía apenas un pequeño libro, donde acostumbraba escribir sus rogativas.

El primero fue bendecido por el confort que esparció con los necesitados y el segundo fue también loado por la justicia que sembrara sabiamente. Sin embargo, cuando el Ángel, abrió el libro del ex-paralítico, salió de él una gran luz, que todo lo envolvió en una corona resplandeciente. La balanza fue incapaz de medir tanta grandeza.

Entonces, el mensajero le habló, feliz:

– Tus hermanos son benditos en la casa del Padre por los recursos que distribuyeron, a favor del próximo, pero, en verdad, no es muy difícil ayudar con el dinero y con la fama que se multiplican fácilmente en el mundo. Sé, por lo tanto, bienaventurado, porque diste de ti mismo, en amor santificante. Gastaste las manos, los ojos, el corazón, las fuerzas, el sentimiento y el tiempo en beneficio de tus semejantes, y la ley del sacrificio determina que tu morada sea más alta. No transmitiste tan solo los bienes de la vida: irradiaste los dones de Dios.

Y el servidor humilde del pueblo fue conducido a un cielo más elevado, de donde pasó a ejercer la autoridad sobre mucha gente.

5. EL SIERVO FELIZ

Cierto día, llegaron al cielo un mariscal, un filósofo, un político y un labrador.

Un emisario divino los recibió, en la elevada esfera, con el fin de oírlos.

El mariscal se aproximó, reverente, y habló:

– Mensajero del comando supremo, vengo de la tierra distante. Conquisté muchas medallas al mérito, vencí a numerosos enemigos, recibí varios homenajes en monumentos que honran mi nombre.

– ¿Qué desearía a cambio de sus grandes servicios? Indagó el enviado.

– Quiero entrar en el cielo.

El Ángel respondió sin vacilar:

– Mientras tanto, no puede recibir esa dádiva. Soldados y adversarios, mujeres y niños lo llaman insistentemente de la tierra. Verifiquen lo que alegan de su pasaje por el mundo y vuelva más tarde.

El filósofo se acercó al delegado divino y pidió:

– Ángel del Creador Eterno, vengo del pequeño círculo de los hombres. Di a las criaturas mucha materia de pensamiento. Fui laureado por diversas académicas. Mi retrato figura en la galería de los diccionarios terrestres.

– ¿Qué pretende por lo que hizo? Preguntó el emisario.

– Quiero entrar en el cielo.

– Por ahora, sin embargo, – respondió el mensajero, sin titubear – no le corresponde la concesión. Muchas mentes están trabajando con las ideas que usted dejó en el mundo y

reclaman su presencia, de manera que puedan separarle los caprichos personales de la inspiración sublime. Regrese al viejo puesto, solucione sus problemas y vuelva oportunamente.

El político tomó la palabra y acentuó:

– Ministro del Todopoderoso, fui administrador de los intereses públicos. Firmé varias leyes que influyeron en mi tiempo. Mi nombre figura en muchos documentos oficiales.

– ¿Qué pide en compensación? – preguntó el misionero de lo alto.

– Quiero entrar en el cielo.

El enviado, no obstante, respondió firmemente:

– Por el momento, no puede ser atendido. El pueblo mantiene opiniones divergentes a su respecto. Innumerables personas pronuncian su nombre con amargura y esos clamores llegan hasta aquí. Retorne a su gabinete, atienda las cuestiones que le interesan a la paz íntima y vuelva después.

Se aproximó entonces, el labrador, y habló humilde:

– Mensajero de nuestro Padre, fui cultivador de la tierra... planté el maíz, el arroz, la patata y los frijoles. Nadie me conoce, pero tuve la gloria de conocer las bendiciones de Dios y recibirlas, en los rayos del sol, en la lluvia benefactora, en el suelo bendito, en las simientes, en las flores, en los frutos, en el amor y en la ternura de mis hijitos...

El Ángel sonrió y dijo:

– ¿Qué premio desea?

El labrador pidió, llorando de emoción:

– Si nuestro Padre lo permite, desearía volver al campo y continuar trabajando. Tengo deseos de contemplar nuevamente los milagros de cada día... La luz surgiendo en el firmamento en horas ciertas, la flor abriendo por sí misma, el pan multiplicándose... Si pudiera, plantaría el suelo nuevamente para ver la grandeza divina revelarse en el grano,

transformado en dadivosa espiga... No aspiro a otra felicidad, sino a la de seguir aprendiendo, sembrando, adorando y sirviendo...

El mensajero espiritual lo abrazó y exclamó, llorando igualmente, de júbilo:

– ¡Venga conmigo! El Señor desea verlo y oírlo, porque delante del trono celestial solamente comparece quien procura trabajar y servir sin recompensa.

6. REBELDÍA

Un pequeño rebelde amaba a su madrecita viuda con entrañable amor; entretanto, ilusionado por la indisciplina, prestaba oído a los consejos perversos.

Le agradaba la lectura de episodios sensacionales, en los que hombres rebeldes formaban cuadrillas de malhechores, en las grandes ciudades, y, antes que a cualquier página edificante, prefería el folletín con aventuras desagradables o criminales. Se sumergió en tantas historias de gente mala que, aunque la palabra materna lo convidase al trabajo digno, traía siempre respuestas negativas y rudas en la punta de la lengua.

– Hijo – exclamaba la señora paciente – El hombre de bien se acomoda en el servicio.

– ¡Yo no! – Replicaba, zumbador.

– Vamos a la oficina. El jefe prometió cederte un puesto.

– ¡No voy! ¡No voy! ...

– Pero ya dejaste la escuela, hijo mío. Es tiempo de crecer y progresar en los deberes bien cumplidos.

– No fui a la escuela para esclavizarme. Tengo inteligencia. Ganaré con el menor esfuerzo.

Mientras tanto la progenitora cosía, hasta tarde, de manera que pudiera mantener la modesta casa; el hijo, ya un joven, vivía habitualmente en la calle de gran movimiento. Tomaba alcohol en exceso y andaba en compañías peligrosas que, poco a poco, le degradaron el carácter.

Llegaba a casa, embriagado, a altas horas de la noche, muchas veces conducido por guardias policiales.

Venía la sacrificada Madre con el socorro de todos los instantes y le rogaba al otro día:

– Hijo, trabajemos dignamente. Todo tiempo es adecuado a la rectificación de nuestros errores.

Atrevido e ingrato, rezongaba:

– La señora no me entiende. Cállese. Sólo me habla de deber, deber, deber...

La pobre costurera la pedía calma, juicio y lloraba después, en oraciones.

Avanzando en el vicio, el joven comenzó a robar a escondidas. Asaltaba instituciones comerciales, donde sabía fácil alcanzar el dinero; y cuando la madrecita, adivinando sus faltas, intentó aconsejarlo, gritó:

– ¡Madre, no preciso de sus observaciones! Déjame en paz y volveré, mas tarde, con una gran fortuna. Le daré casa, ropa, y bienestar en abundancia. La señora tiene el pensamiento preso en las obligaciones porque, desde hace tiempo, viene atravesando vida miserable.

Diciendo esto, huyó a la vía pública y no regreso al hogar.

Nadie más supo de él. Se alejó definitivamente, en dirección a una importante metrópolis, alimentando el propósito de hurtar recursos ajenos, para volver muy rico a la convivencia materna.

Pasó el tiempo.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco años...

La madrecita, con todo, no perdió la esperanza de re-encontrarlo.

Cierto día, la imprenta estampó en los periódicos el retrato de un ladrón que se volvía famoso por su audacia e inteligencia.

La costurera reconoció en él al hijo y salió para la ciudad que lo abrigaba.

La policía no conocía la dirección de él y, como fue difícil localizarlo rápidamente, la señora tomó un cuarto en un hotel, con el fin de esperar.

En la tercera noche en que se encontraba allí, notó que un hombre disfrazado penetraba en su aposento a oscuras. Se aproximó rápidamente para arrebatarse la bolsa. Ella tosió e iba a gritar pidiendo socorro, cuando el ladrón, temiendo las consecuencias, la agarró por la garganta y la estranguló.

En los estertores de la muerte, la costurera reconoció la presencia del hijo y murmuró, débilmente:

– Mi...mi...hijo...

El joven, alucinado, prendió la luz, e identificó a la madrecita muerta ya, y calló, de rodillas, gritando de dolor salvaje.

La desobediencia lo conduciría, progresivamente, al crimen y a la locura.

7. EL GRAN PRINCIPE

Un rey oriental, poderoso y sabio, hallándose envejecido y enfermo, reunió a sus tres hijos, y les dio a cada uno de ellos dos camellos cargados de oro, plata y piedras preciosas y les determinó gastar esos tesoros, en viajes por el reino, durante tres meses, con la obligación de que volviesen, enseñada, a fin de que él pudiese efectuar la escogencia del príncipe que lo sucedería en el trono.

Terminado el plazo establecido, los jóvenes regresaron a la casa paterna.

Los dos más viejos exhibían mantos riquísimos y llegaron con enorme ruido de carruajes, pero el tercero venía cansado y anheloso, arrojándose en un bordón cual mendigo, despertando la ironía y el asombro de mucha gente.

El rey bondadoso los bendijo discretamente y se dispuso a oírlos, delante de compacta multitud.

El primero se aproximó, hizo una larga reverencia, y notificó:

– Mi padre y mi soberano, viajé por todo el centro del país y adquirí, para tu descanso, un admirable palacio, donde tu nombre será venerado para siempre. Compré esclavos vigorosos para que te sirvan, y reuní, en ese castillo, digno de ti, todas las maravillas de nuestro tiempo. Desde esa morada resplandeciente, podrás gobernar siempre honrado, fuerte y feliz.

El monarca pronunció algunas palabras de agradecimiento, mostró amoroso gesto de aprobación y mandó que el segundo hijo se adelantase:

– ¡Mi padre y mi rey! – Exclamó contento – te traigo la colección de tapetes mas ricos del mundo. Decenas de personas perdieron el don de la vista, con el fin de tejerlos. Se aproxima a la ciudad una caravana de veinte camellos, cargando esas preciosidades que te ofrezco, ¡oh augusto dirigente, para que reveles tu fortuna y poder!...

El monarca expresó gratitud en una frase cariñosa, y recomendó que el más joven tomase la palabra.

El hijo más joven, enflaquecido y mal vestido, se arrodilló y habló, entonces:

– ¡Amado padre, no traje ningún trofeo para tu trono venerable y glorioso...viajé por la tierra que el supremo señor te confió, de norte a sur y de este a oeste, y vi que los súbditos esperan de tu gobierno la paz y el bienestar, tanto como el creyente aguarda la felicidad y la protección del cielo...En las montañas, encontré la fiebre devorando cuerpos mal abrigados y movilicé médicos y remedios, a favor de los que sufrían. Al norte, vi la ignorancia dominando a millares de niños y jóvenes desamparados, e instalé escuelas en nombre de tu administración justiciera. Al oeste, en las regiones pantanosas, fui sorprendido por bandos de leprosos y les dí conveniente asilo en tu nombre. En las ciudades del sur, note que centenares de mujeres y niños son vilmente explotados por la maldad humana e inicié la construcción de oficinas en que el trabajo edificante los recoja. En las fronteras, conocí a numeroso esclavos con los hombros heridos, amargados y enfermos, y los liberé, anunciándoles la magnanimidad de tu corona!...

La conmoción lo interrumpió. Se hizo un gran silencio y se vio que el viejo soberano mostraba los ojos llenos de lágrimas.

El joven cobró nuevo ánimo y terminó:

– ¡Perdóname si entregue tu dinero a los necesitados y discúlpame si regreso a tu presencia envuelto en extrema pobreza, por haber conocido, de cerca, la miseria, la enfermedad, la ignorancia y el hambre en los dominios que el cielo confirió a tus manos benefactoras... La única dadiva que te traigo amado padre, es mi corazón reconocido por las enseñanzas que me diste, permitiéndome contemplar el servicio que me corresponde hacer...No deseo descansar mientras haya sufrimiento en este reino, porque aprendí contigo que las necesidades de los hijos del pueblo son iguales a la de los hijos del rey!...

El viejo monarca, en llanto, muy trémulo, descendió del trono, abrazó demoradamente al hijo desarrapado, se quitó la corona y la colocó sobre la frente de él, exclamando, solemne:

– ¡Gran príncipe: Dios el eterno señor te bendiga para siempre! ¡Es a ti que compete el derecho de gobernar, mientras vivas!

La multitud aplaudió, delirando de júbilo, mientras el joven soberano, arrodillado, sollozaba de emoción y reconocimiento.

8. EL JUEZ RECTO

Al tribunal de Eliaquen Ben Jefté, juez respetable y sabio, compareció el negociante Jonatan Ben Cafar arrastrando a Zorobabel, un miserable mendigo.

– ¡Este hombre – clamó el comerciante, furioso – se burló de mí y me hizo una estafa de vastas proporciones! Me vendió un collar de perlas falsas, por cinco piezas de oro, aseverando que valían cinco mil. Compré las joyas, creyendo haber realizado un excelente negocio, descubriendo, al final, que el precio de ellas es inferior a dos huevos cocidos. Reclamé directamente contra el mistificador, pero este vagabundo ya me gastó mi valioso dinero. ¡Exijo para él las penas de la justicia! ¡Es ladrón despreciable y condenable!...

El magistrado, sin embargo, como cultivaba la justicia suprema, recomendó que el acusado a su vez se pronunciase:

– Gran Juez – dijo él, tímidamente – reconozco haber transgredido los reglamentos que nos rigen. Entretanto, tengo mis dos hijos tirados en la cama y en balde procuro trabajo digo, pues siempre me lo niegan, con el pretexto de mi edad y mi pobre presentación. Realmente, engañé a mi prójimo y soy criminal, pero prometo rescatar mi débito tan pronto como pueda.

El Juez meditó largamente y sentenció:

– Para Zorobabel, el mendigo, cinco bastonazos entre cuatro paredes, a fin de que aprenda a sufrir honestamente, sin asaltar la bolsa de sus semejantes, y para Jonatan, el mercader, veinte bastonazos en la plaza pública, de modo que no abuse más de los humildes.

El negociante protestó, desesperado:

– ¿Qué oigo? ¿Soy víctima de un ladrón y debo pagar por faltas que no cometí? ¡Iniquidad! ¡Iniquidad!...

El magistrado, sin embargo, batió fuerte con un martillo sobre la mesa, llamando la atención de los presentes, y esclareció, en voz alta:

– Jonatan Ben Cafar, la justicia verdadera no reside en la tierra para examinar las apariencias. Zorobabel, el vagabundo, jefe de una familia infeliz, te hurtó cinco piezas de oro, con el propósito de socorrer a los hijos desventurados, con todo, tú, a tu vez, intentaste robar a él, valiéndote del infortunio que lo persigue, apoderándote de un objeto que creíste que valía cinco mil piezas de oro al irrisorio precio de cinco. ¿Quién es más nocivo a la sociedad, delante de Dios: el mísero hambriento que roba un pan, con el fin de matar el hambre de sus hijos, o el hombre ya atendido por la bondad del Eterno, con los dones de la fortuna y de la habilidad, que absorbe para sí una panadería entera, a fin de abusar con cálculo la indigencia ajena? Quien hurta por necesidad puede ser un loco, pero quien acumula riquezas, indefinidamente, sin movilizarlas en el trabajo constructivo o en la práctica del bien, con absoluta despreocupación por las angustias de los pobres, muchas veces pasará por inteligente y sagaz, a los ojos de aquellos que, en el mundo, adormecen en el egoísmo y en la ambición desmedida, pero es malhechor delante del Todopoderoso que nos juzgará a todos, en el momento oportuno.

Y, bajo la vigilancia de guardias robustos, Zorobabel recibió cinco bastonazos en una sala, de puertas lacradas, para aprender a sufrir sin robar; y Jonatan cosechó veinte, en la vía pública, de modo de no explotar más, sin escrúpulos, la miseria, la simplicidad y la confianza del pueblo.

9. EL RICACHÓN DISTRAÍDO

Existió un hombre devoto que llegó al cielo y, al ser recibido por un Ángel del Señor, imploró extasiado:

– Mensajero Divino, ¿qué debo hacer para venir a morar, en definitiva, al lado de Jesús?

– ¡Haz el bien! – informó el Ángel – y vuelve más tarde.

– ¿Puedo rogarte recursos para semejante misión?

– Pide lo que desees.

– Quiero dinero, mucho dinero, para socorrer a mi prójimo.

El emisario extrañó el pedido y consideró:

– No siempre el oro es el auxiliar más eficaz para eso.

– Pienso, de todas maneras, mi santo amigo, que, sin oro, es muy difícil practicar la caridad.

– ¿Y no temes las tentaciones del camino?

– No.

– Tendrás lo que ansías – afirmó el mensajero – pero no te olvides de que el tesoro de cada hombre permanece donde ponga el corazón, porque toda alma reside donde coloca el pensamiento. Tus posibilidades materiales serán multiplicadas. No obstante, que las dadivas divinas, sin ningún provecho para los semejantes, lo transforman en prisionero de ellas. Y la ley determina que seamos esclavos de los excesos a los que nos entregamos.

Prometió el hombre ejercer la caridad, servir extensamente y retornó al mundo.

Los Ángeles de la prosperidad comenzaron entonces a ayudarlo.

Le multiplicaron, primero, las piezas de ropa y los platos de alimentación; pero el devoto, ya abastecido, suplicó más ropa y más alimentos. Le dieron casa y haberes. Pero lejos de practicar el bien, consideró siempre escasos los dones que poseía y pidió más casas y más haberes. Le trajeron rebaños y haciendas, pero el interesado en subir al paraíso por la senda de la caridad, temiendo ahora la miseria, imploró más rebaños y haciendas. No cedía un cuarto, ni daba una sopa a ninguno, declarándose sin recursos para auxiliar a los necesitados y esperaba siempre más, con el fin de descubrir algún pan con ellos. No obstante, cuanto más el cielo le daba, más exigía del cielo.

De espontáneo y alegre que era, paso a ser desconfiado, malhumorado y alejado.

Recelando de amigos y enemigos, escondía grandes sumas en su caja fuerte, y cuando envejeció del todo, vino la muerte, separándole de la inmensa fortuna.

Con sorpresa, se despertó en espíritu, acostado en el cofre grande.

Objetos preciosos, pedazos de oro y plata, montones de cédulas usadas le servían de lecho. Tenía hambre y sed, pero no podía servirse de las monedas; quería la libertad, con todo, las notas de banco parecían agarrarlo a la manera de una trampa que retiene a un pájaro cautivo.

– ¡Santo Ángel! – Gritó en llanto – ¡ven! ¡Ayúdame a partir, en dirección a la casa celestial!...

El mensajero se dignó bajar a él y, dándose cuenta de su sufrimiento, exclamó:

– ¡Es muy tarde para súplicas! Estás sofocado por la corriente de facilidades materiales que el Señor te confió,

porque la hiciste girar solamente en torno a ti, sin ningún beneficio para los hermanos de lucha y experiencia...

– ¿Y qué debo hacer – imploró el infeliz – para obtener la paz y ganar el paraíso?

El Ángel pensó, pensó... y respondió:

Esparce con provecho las monedas que amontonaste inútilmente, líbrate de la vasta tierra que retuviste en vano, entrega a la circulación del bien todos los valores que recibiste del tesoro divino y que amontonaste alrededor de tus pies, atendiendo al egoísmo, a la vanidad, a la avaricia y a la ambición destructiva, y después de eso, ven a mí para que volvamos al entendimiento efectuado hace sesenta años...

Reconociendo, sin embargo, el hombre que ya no disponía de un cuerpo de carne para semejante servicio, comenzó a gritar y a blasfemar, como si el infierno estuviese morando en su propia conciencia.

10. EL BURRO DE CARGA

En el tiempo en que no había automóviles, en la cochera de un famoso palacio real, un burro de carga curtía inmensa amargura, en vista de los chistes y remoquetes de los compañeros de establo.

Viéndole el pelo maltratado, las profundas cicatrices en el lomo y la cabeza triste y húmeda, se le aproximó un hermoso caballo árabe, que se hiciera merecedor de muchos premios, y le dijo, orgulloso:

– ¡Triste suerte la que recibiste! ¿No envidias mi posición en las carreras? ¡Soy acariciado por las manos de las princesas y elogiado por la palabra de los reyes!

– ¡Ya pudiera! – exclamó un potro de fino origen inglés – ¿Cómo conseguiría un burro entender el brillo de las apuestas y el gusto por la caza?

El infortunado animal recibía los sarcasmos, resignadamente.

Otro soberbio caballo, de procedencia húngara, entró en el asunto y comentó:

– Hace diez años, cuando me ausenté del prado vecino, vi a este miserable sufriendo rudamente en las manos del bruto amansador. Y es tan cobarde que no llegaba a reaccionar, ni siquiera con una coz. No nació sino para la carga y golpes. Es vergonzoso soportar su compañía.

En esto, admirable jumento español se acercó al grupo, y acentuó, sin piedad:

– Lamento reconocer en este burro a un pariente próximo. Es un animal deshonorado, flaco e inútil... No sabe

vivir sino bajo pesadas disciplinas. Ignora la altivez de la dignidad personal y desconoce el amor propio. Acepto los deberes que me corresponden hasta el justo límite; pero, si me obligan a sobrepasar las obligaciones, rehúso obedecer, me encabrito y soy capaz de matar.

Las observaciones insultantes no habían terminado, cuando el rey penetró en el recinto, en compañía del encargado de las caballerizas.

– Preciso de un animal para un servicio de gran responsabilidad –informó el monarca–, animal dócil y educado, que merezca absoluta confianza.

El empleado preguntó:

– ¿No prefiere el árabe, Majestad?

– No, no – habló el soberano – , es muy altivo y solo sirve para las carreras en los festejos oficiales sin mayor importancia.

– ¿No quiere al potro inglés?

– De ningún modo. Es muy inquieto y no va más allá de las extravagancias de la caza.

– ¿No desea al húngaro?

– No, no. Es bravío, sin ninguna educación. Es apenas un pastor de rebaño.

– ¿El jumento servirá? – insistió el servidor atento.

– De ninguna manera. Es mañoso y no me da confianza.

Transcurridos algunos instantes de silencio, el soberano indagó:

– ¿Dónde está mi burro de carga?

El mozo de la cochera lo indicó, entre los demás.

El mismo rey lo puso cariñosamente afuera, lo mandó a ensillar con los emblemas resplandecientes de su casa, y le confió al hijo, pequeño aún, para un largo viaje.

Así también acontece en la vida. En todas las ocasiones, tenemos siempre gran número de amigos, conocidos y compañeros, pero solamente nos prestan los servicios de utilidad aquellos que ya aprendieron a soportar, servir y sufrir, sin pensar en sí mismos.

11. LA LECCIÓN INOLVIDABLE

Hilda, niña rica, diariamente dirigía malas palabras a la pequeña vendedora de dulces que le tocaba humildemente a la puerta de la casa.

– ¡Qué vergüenza! ¡Con esa bandeja, de esquina a esquina! ¡Vete de aquí! – Gritaba, sin razón.

La humilde niña se ponía pálida y trémula. Mientras tanto, la dueña de la casa, tratando de educar su hija, venía al encuentro de la pequeña humillada y le decía, bondadosa:

– ¡Qué dulces tan perfectos! ¿Quién los hizo así tan lindos?

La niña, reanimada, respondía contenta:

– Fue mi mamá.

La generosa señora compraba siempre alguna cosa, y enseguida, recomendaba a la hija:

– Hilda, no juegues con el destino. Nunca expulses al necesitado que nos procura. ¿Quién sabe lo que sucederá mañana? Aquellos que socorremos serán probablemente nuestros benefactores.

La niña rezongaba y, a la noche, en la comida, el padre secundaba los consejos maternos, añadiendo:

– ¡No escarnezcas a nadie, hija mía! El trabajo, por más humilde que sea, es siempre respetable y edificante. Seguramente, dolorosas necesidades obligan a una niña a vender dulces, de puerta en puerta.

Hilda, con todo, al día siguiente, fustigaba a la vendedora, exclamando:

– ¡Fuera de aquí! ¡Bruja! ¡Bruja!...

La madre con devoción acogía a la pequeña descalza y repetía a la hija las advertencias cariñosas de la víspera.

Corrió el tiempo, y después de cuatro años, el cuadro de la vida cambió.

El padrecito de Hilda se enfermó y en vano los médicos procuraron salvarlo. Murió en una tarde calma, dejando el hogar vacío.

La viuda se recogió en el lecho extremadamente abatida y, con los enormes gastos, en poco tiempo la pobreza y el desaliento invadieron la residencia. La pobre señora casi no podía moverse.

Las privaciones llegaron en cantidad. La niña, anteriormente rica, no podía ahora comprar ni un par de zapatos.

Afligida por resolver la angustiosa situación, cierta noche Hilda lloró muchísimo, acordándose de su padre. Se durmió lagrimosa, y soñó que él venía del cielo a confortarla. Lo oyó decir, perfectamente:

– ¡No te desanimes, hija mía! ¡Ve a trabajar! ¡Vende dulces para auxiliar a tu mamá!...

Despertó al día siguiente, con el propósito firme de seguir el consejo.

Ayudó a la madrecita enferma a hacer muchos cuadritos de dulce de leche y, más tarde, salió a venderlos. Algunas personas generosas se los compraban con evidente intención de auxiliarla; entretanto, otras criaturas, principalmente niños perversos, le gritaban a los oídos:

– ¡Sal de aquí! ¡Bruja de bandeja!...

Se sentía triste y desalentada, cuando tocó a la puerta de una casa modesta. Una graciosa joven la atendió.

¡Ah! ¡Qué sorpresa! Era la niña pobre que acostumbraba vender cocadas en otro tiempo. Estaba crecida, bien vestida y bonita.

Hilda esperó que ella la maltratase por venganza, pero la joven humilde fijó en ella sus grandes ojos, la reconoció, comprendió su nueva situación y exclamó, contenta:

– ¡Que dulces tan perfectos! ¿Quién los hizo así tan lindos?

La interpelada recordó las enseñanzas maternas de años pasados e informó:

– Fue mi mamá.

La exvendedora compró todos los cuadritos de dulce que restaban en la bandeja y la abrazó con sincera amistad.

Desde ese día en adelante, la niña vanidosa se transformó para siempre. La experiencia le dio una inolvidable lección.

12. EL ARMA INFALIBLE

Cierto día, un hombre insubordinado creó un poderoso y largo pensamiento de odio, lo colocó en una carta ruda y malcriada, y lo mandó al jefe del taller del que fuera despedido.

El pensamiento estaba basado en la forma de amenazas crueles. Y cuando el director del servicio leyó las frases ingratas con las que se expresaba, las acogió, desprevénidamente, en su propio corazón, y se puso furioso sin saber por qué. Encontró, de inmediato, al subdirector del taller, y con el pretexto de encontrar una pequeña pieza quebrada, dirigió sobre él la bomba mental que traía consigo.

Fue la vez del subdirector tornarse neurasténico, sin dar motivo. Guardó la proyección maléfica en el sentimiento, permaneció enfadado varias horas, y en el instante del almuerzo, en vez de alimentarse, descargó en la esposa el peligroso dardo intangible. Tan solo por ver un zapato mal engrasado, profirió decenas de palabras feas; se sintió aliviado y la mujer pasó a guardar en el pecho la odiosa vibración, en forma de cólera inexplicable. Repentinamente trastornada por el rayo que la hiriera y que, hasta allí, ninguno supiera remover, se encaminó hacia la empleada que se encargaba del servicio del calzado y la regañó. Con palabras indeseables le inculcó en el corazón el estilete invisible.

Ahora, era una pobre niña quien detenía el tóxico mental. No pudiendo despejarlo con los platos y las tazas que tenía al alcance de sus manos, en vista de la enorme deuda en dinero que sería obligada a aceptar, se acercó al viejo perro,

dormilón y paciente, y le transfirió el veneno sutil, con un puntapié de vastas proporciones.

El animal gimió y salió disparado, tocado por la energía mortífera, y para librarse de ésta, mordió a la primera persona que encontró en la vía pública.

Era la señora de un propietario vecino, que herida en el coxis, se enfureció instantáneamente, poseída por la fuerza maléfica. En gritería desesperada, fue conducida a cierta farmacia; entretanto, se dio prisa en transferir al enfermero que la atendía la vibración maldita. Lo llenó de insultos y lo abofeteó.

El joven muy servicial, sosegado que era, se convirtió en una verdadera fiera. Replicó los golpes recibidos con observaciones ásperas y salió alucinado, para su residencia, donde la vieja y devota madre lo esperaba para la refección de la tarde. Llegó y descargó sobre ella toda la ira de que era portador.

— ¡Estoy harto! —bramó— ¡La señora es la culpable de los sinsabores que me persiguen! ¡No soporto más esta vida infeliz! ¡Huya de mi vista!...

Pronunció nombres terribles. Blasfemó, y gritó colérico como un loco.

La viejita, sin embargo, lejos de enfadarse, le tomó las manos y le dijo con naturalidad y blandura:

— ¡Venga acá hijo mío! ¡Usted está cansado y enfermo! Sé la extensión de sus sacrificios por mí y reconozco que tiene razón en lamentarse. No obstante, ¡Tengamos buen ánimo! ¡Acordémonos de Jesús!... Todo pasa en la tierra. No nos olvidemos del amor que el maestro nos legó...

Lo abrazó, conmovida, y le acarició los cabellos.

El hijo se demoró en contemplarle los ojos serenos, y reconoció que había en el cariño materno tanto perdón y entendimiento que comenzó a llorar, pidiéndole disculpas.

Hubo entonces entre los dos una explosión de íntimas alegrías. Comieron felices y oraron en señal de reconocimiento a Dios.

La proyección destructiva de odio murió, al final, allí, dentro del humilde hogar, delante de la fuerza infalible y sublime del amor.

13. EL SERVIDOR NEGLIGENTE

A la puerta de una gran carpintería, llegó un joven, con una caja a cuestas, en busca de empleo.

Parecía humilde y educado.

El director de la institución compareció, atento, para atenderlo.

– ¿Tiene algún servicio con el que me pueda favorecer? – Indagó el joven, respetuoso, después de los saludos habituales.

– Las tareas son muchas – Elucidó el jefe.

– ¡Oh! ¡Por favor! – Volvió a decir el interesado – mis viejos padres necesitan de amparo. He tocado, en vano, la puerta de varias oficinas. Nadie me socorre. Me contentaré con un salario reducido y aceptaré el horario que deseen.

El director, con calma, acentuó:

– Trabajo no falta...

Y mientras el candidato mostraba una sonrisa de esperanza, añadió:

– ¿Trae sus herramientas en orden?

– Perfectamente – Respondió el interpelado.

– Veámoslas.

El joven abrió la caja que traía. Daba pena mirarle los instrumentos.

La suela se hallaba deformada por gruesa herrumbre.

El serrucho mostraba varios dientes quebrados.

El martillo tenía el cabo incompleto.

El alicate estaba francamente desajustado.

Los diversos formones no atenderían a ningún ruego del servicio, tal era la imperfección que presentaban en sus filos.

Polvo espeso recubría todos los objetos.

El dirigente de la oficina observó...observó...y dijo, desencantado:

– Para el señor, no tenemos ningún trabajo.

– ¡Oh! ¿Por qué? – interrogó el joven en tono de súplica.

El director esclareció, sin irritación:

– Si el señor no tiene cuidado con las herramientas que le pertenecen, ¿cómo preservará nuestras máquinas? Si es indiferente en aquello de lo que debe sentirse honrado, ¿llegará a ser útil a los intereses ajenos? Quien no cuida atentamente de lo “poco” que dispone, no es digno de recibir lo “mucho”. Aprenda a cuidar las cosas aparentemente sin importancia. Por las muestras, grandes negocios se realizan en el mundo, y el menosprecio para consigo es un indeseable muestrario de su indiferencia perniciosa. Aproveche la experiencia y vuelva más tarde.

No valieron los pedidos del mozo necesitado.

Fue compelido a retirarse, muy abatido, aprendiendo la dura lección.

Así también acontece en el camino común.

Quien desee el cuerpo iluminado y glorioso en la espiritualidad, más allá de la muerte, cuide respetuosamente del cuerpo físico.

Quien aspira a la compañía de los Ángeles, muestre buenas maneras, buenas palabras y buenas acciones a los vecinos.

Quien espera la cosecha de alegrías en el futuro, aproveche la hora presente, en la siembra del bien.

NEIO LÚCIO

Y cuantos sueñen con el cielo, traten de hacer un camino de elevación en la misma tierra.

14. EL DESCUIDO IMPENSADO

En el orfanato en el que trabajaba, hermana Clara era el ídolo de toda la gente por las virtudes que le adornaban el carácter.

Era cariñosa, devota y diligente.

De aquella boca educada no salían malas palabras.

Si alguien comentaba faltas ajenas, venía solícita, aconsejando:

– Tengamos compasión...

Inclinaba la conversación a favor de la benevolencia y de la paz.

Insuflaba en cuantos la oían el buen ánimo y el amor al deber.

Además, estimulaba, por encima de todo, en los circundantes la buena voluntad de trabajar y servir para el bien.

– Hermana Clara – decía una educadora– tengo necesidad del vestido para el sábado próximo.

Ella, que era dedicada costurera de todos, respondía, contenta:

– Trabajaremos hasta más tarde. La pieza quedará lista.

– Hermana – intervenía una de las criadas – ¿Y el delantal?

– Mañana será entregado – decía Clara, sonriendo.

En todas las actividades, se mostraba la desvelada criatura, como un ángel de bondad y paciencia.

Invariablemente rodeada de ovillos de hilo, respiraba entre la aguja y la máquina de coser.

En las horas de oración, se demoraba largamente contrita en la rogativa.

Con el paso del tiempo, se tornaba cada vez más respetada. Sus pareceres eran solicitados con interés.

Se transformó en admirable autoridad de la vida cristiana.

Pero, en verdad, hacía de todo para merecer las consideraciones de las que estaba rodeada.

Amparaba sin alarde.

Auxiliaba sin preocuparse por recompensas.

Sabía ser bondadosa, sin humillar a nadie con demostraciones de superioridad.

Pasaron los años, como siempre, y llegó el día en que la muerte la condujo a la vida espiritual.

En la Tierra, el cuerpo de la inolvidable benefactora fue rodeado de flores y bendiciones, homenajes y cánticos, y su alma subió, gloriosamente al Cielo.

Un ángel la recibió, cariñoso y alegre, a la entrada.

La saludó. Reportó los bienes que ella había hecho, entre tanto, bajo impresión de asombro, hermana Clara lo oyó informar:

– Lástima que no pueda demorarse con nosotros, sino por tres semanas.

– ¡Oh! ¿Por qué? – interrogó la valerosa misionera.

– Será obligada a volver, tomando nuevo cuerpo de carne en el mundo – esclareció el mensajero.

– ¿Cómo es eso?

El ángel la miró, bondadoso, y respondió:

– La hermana fue extremadamente virtuosa; entre tanto, en la posición espiritual en que se encontraba, no podría cometer un descuido tan grande. Desperdició una enorme cantidad de hilos sin pensar. Los ovillos que perdió por ale-

jarse de la noción de aprovechamiento, daban para coser millares de vestidos para los niños desamparados.

– ¡Oh! ¡Oh! ¡Dios me perdone! – exclamó la santa desencarnada – ¿Y cómo rescataré la deuda?

El ángel la abrazó, cariñoso, y la reconfortó diciéndole:

– No tema. Todos la ayudaremos, pero la querida hermana recomenzará su tarea en el mundo, plantando un algodon.

15. EL PODER DE LA GENTILEZA

Un eminente profesor negro, interesado en fundar una escuela en un barrio pobre, donde centenares de niños desamparados crecían sin el beneficio de las letras, fue recibido por el alcalde de la ciudad, que le dijo imperativamente, después de oír sus planes:

– La ley y la bondad no siempre pueden estar juntas. Organice una casa y autorizaremos la empresa.

– Pero, doctor, no disponemos de recursos...– consideró el benefactor de los niños sin protección.

– ¿Qué hacer?

– De cualquier manera, nos corresponde amparar a los pequeños analfabetos.

El alcalde le miró detenidamente la figura humilde, y con una sonrisa escarnecedora añadió:

– El señor no puede intervenir en la administración.

El profesor, muy triste, se retiró y paso la tarde y la noche de aquel sábado, pensando, pensando...

El domingo, muy temprano, salió a pasear, bajo los árboles, en dirección de antiguo mercado.

Iba comentando, en una oración silenciosa:

– Mi Dios, ¿cómo hacer? ¿no recibiremos una posada para los niños, Señor?

Absortó en la meditación, se acercó al mercado y entro. El movimiento era enorme. Muchas compras, mucha gente.

Cierta señora, de aspecto distinguido, se aproximó a él y tomándolo por un servidor vulgar, con las manos desocupadas y la cabeza vacía, exclamó:

– Mi viejo, venga acá.

El profesor la acompañó, sin vacilar.

Al frente de un enorme saco, en el que se amontonaba más de 30 kilos de verduras, la matrona le recomendó:

– Tráigame esta encomienda.

Se colocó el fardo acuestas y la siguió.

Caminaron seguramente unos 500 metros y `penetraron a una elegante vivienda, donde la señora le volvió a solicitar:

– Tengo visitas hoy. ¿Podría ayudarme en el servicio general?

– Perfectamente –respondió el interpelado– A sus órdenes.

Ella le indicó un pequeño patio y determinó que le cortase medio metro de leña, para el fogón.

Empuñando el hacha, el educador, con esfuerzo, rajó algunos rolos. Terminado el servicio, fue llamado para que limpiara la chimenea. Lo realizó con el sacrificio de su propia ropa.

Sucio de hollín, de la cabeza a los pies, recibió orden de buscar un pavo asado, a una distancia de dos kilómetros. Se puso en camino, trayendo el gran plato en poco tiempo. Luego, más tarde, se abocó a la limpieza de extenso recinto en que se efectuaría el suntuoso almuerzo.

En las primeras horas de la tarde, siete personas hacían su entrada en el hidalgo domicilio. Entre ellas, se encontraba el alcalde que notó la presencia del visitante de la víspera, presentado a su despacho por autoridades respetables.

Reservadamente indagó de la hermana, que era la dueña de la casa, respecto al nuevo conocido, conversando ambos en secreto.

Al final del día, la matrona distinguida y autoritaria, con visible desilusión, vino al siervo improvisado y le pidió el precio de su trabajo.

– No piense en eso –respondió él, con sinceridad– Tuve mucho placer en serle útil.

Al día siguiente, sin embargo, la dama de la víspera lo buscó, en la modesta casa en que se hospedaba, y después de pedirle disculpas, le anunció la concesión de amplio edificio, destinado a la escuela que pretendía establecer.

Los niños usarían el patrimonio a voluntad y el alcalde autorizaría la empresa con satisfacción.

Dejando traslucir en los ojos húmedos la alegría y el reconocimiento que le embargaba el alma, el profesor agradeció y, le besó las manos, respetuoso.

La bondad de él venció los impedimentos legales.

El ejemplo es más vigoroso que la argumentación.

La gentileza está revestida, en todas partes, de un glorioso poder.

16. LA TRILOGÍA BENDITA

En tiempos remotos, el Señor venía al mundo frecuentemente a entenderse con las criaturas.

Cierta vez, encontró a un hombre airado y malo, que no hacía otra cosa que atormentar a sus semejantes.

Perseguía, hería y mataba sin piedad. Cuando ese espíritu vio al Señor, se aproximó atraído por la luz de Él, a llorar de arrepentimiento.

El Cristo, bondadoso, le dirigió la palabra:

– ¡Hijo mío! ¿Por qué te entregaste así a la perversidad? ¿No temes a la justicia del Padre? ¿No crees en el poder celeste? La vida exige fraternidad y comprensión.

El malhechor, que se mantenía prisionero de la ignorancia, respondió en lágrimas:

– Señor, de hoy en adelante seré un hombre bueno.

Pasaron algunos años y Jesús volvió al mismo sitio. Se acordó del infeliz a quien había aconsejado y lo procuró. Después de cierta búsqueda, fue a hallarlo oculto en una choza, extremadamente abatido. Interpelado sobre la causa de tan lamentable transformación, el miserable respondió:

– ¡Ay de mí, Señor! ¡Después que pasé a ser bueno nadie me respeta! Hacen de mí escarnio en la calle... He usado la compasión y la generosidad, según me enseñaste, pero en cambio sólo recibo el ridículo, las pedradas y la dilaceración...

El Maestro, sin embargo, lo bendijo y habló:

– Tu lucro en la eternidad no será pequeño. Entre tanto, no basta retener la bondad. Es necesario saber distribuirla.

Realmente es posible auxiliar a todos. De todas maneras, si a mucha gente debemos ternura fraternal, a numerosos compañeros de jornada debemos un esclarecimiento enérgico. Estimularemos a los buenos a ser mejores y cooperaremos, en beneficio de los malos, para que rectifiquen. ¿Nunca observaste al fruticultor? Algunos árboles reciben de él irrigación y abono; otros, no obstante, sufren la poda, para ampararlos convenientemente.

El Señor se retiró, y el aprendiz retornó a la lucha para conquistar el conocimiento.

Peregrinó a través de muchos libros, observó detenidamente los cuadros de la vida y recibió la palma de la ciencia.

Los años corrieron a prisa, cuando el Cristo regresó y lo procuró, de nuevo.

Esta vez lo encontró en el lecho, enfermo y sin fuerzas.

Replicando al divino amigo, se explicó:

– ¡Ay de mí, Señor! Fui bueno y recibí injusticias, atesoré la ciencia y mis dificultades crecieron de tamaño. Aprendí a amar y desear en sana consciencia, a idealizar con el plano superior, pero veo la ingratitud y la discordia, la dureza y la indiferencia con más claridad. Se aquello que mucha gente ignora y, por esto mismo, la vida se me transformó en un fardo insoportable...

El Maestro, todavía sonrío y consideró:

– Tu preparación para la felicidad aún no se haya completa. Ahora, es preciso ser fuerte.

– ¿Crees que el árbol respetable conseguirá vivir y producir, si no supiese tolerar la tempestad?

La firmeza interior, delante de las experiencias de la vida, te conferirá el equilibrio indispensable.

Aprende a decir adiós a todo lo que te perjudica en la caminata en dirección de la luz divina y distribuirás bondad,

sin preocupaciones de recompensas, guardando el conocimiento sin sorpresas amargas. ¡Sé inquebrantable en tu fe y sigue adelante!

El aprendiz se irguió y nunca más experimentó la desarmonía, comprendiendo, al fin, que la bondad, el conocimiento y la fortaleza, son la trilogía bendita de la felicidad y de la paz.

17. LA CUENTA DE LA VIDA

Cuando Levindo cumplió los veintiún años, su madre le recibió a los amigos, festejó la ocasión y solemnizó el acontecimiento con gran alegría.

Con todo, en lo íntimo, la bondadosa señora estaba triste y preocupada.

El hijo, hasta la mayoría de edad, no toleraba ninguna disciplina. Vivía ociosamente, desperdiciando el tiempo y negándose al trabajo.

Aprendió las primeras letras, al precio de mucha dedicación materna, y luchaba contra todos los planes de acción digna.

Rehusaba los buenos consejos y se inclinaba, francamente, hacia el desfiladero del vicio.

En esa noche, todavía, la abnegada madre oró, más fervorosa que nunca, suplicando a Jesús que lo encaminase a la elevación moral. Lo confió al cielo, con lágrimas, convencida de que el Maestro Divino le ampararía la joven vida.

Las oraciones de la devota criatura fueron oídas, en lo alto, porque Levindo, luego que fue arrebatado por las alas del sueño, soñó que era solicitado por un mensajero espiritual, que exhibía un largo documento en la mano.

Intrigado, el joven le preguntó a qué se debía la sorpresa de semejante visita.

El emisario fijó en él los grandes ojos y respondió:

— Mi amigo, vengo a traerte la cuenta de los seres sacrificados, hasta ahora, en tu provecho.

Mientras el mozo lo miraba con asombro, el mensajero proseguía:

– Hasta hoy, para sustentarte la existencia, murieron aproximadamente 2.000 aves, 10 bovinos, 50 puercos, 20 carneros y 3.000 peces diversos. No menos de 60.000 vidas del reino vegetal fueron consumidas por la tuya, haciendo una relación del arroz, del maíz, del fréjol, del trigo, y de variadas raíces y legumbres.

En media calculada, bebiste 3.000 litros de leche, gastaste 7.000 huevos y comiste 10.000 frutas.

Has explotado abundantemente las familias de los seres del aire y de las aguas, de los gallineros y establos, pocilgas y rediles. El precio de tus días en las huertas y frutales vale por una devastación.

Más allá de esto, no relacionamos aquí los sacrificios maternos, los recursos y donaciones de tu padre, los obsequios de los amigos y las atenciones de varios benefactores que te rodean. En cambio, ¿qué hiciste de útil? No restituiste aún a la naturaleza la mínima parte de tu inmenso débito. ¿Crees por ventura, que el centro del mundo reposa en tus necesidades individuales y que vivirás sin cuenta de los dominios de la creación? ¡Produce algo de bueno, marcando así tu paso por la tierra. Acuérdate de que hasta la propia hierba se encuentra al servicio divino. No permitas que la ociosidad te paralice el corazón y te desfigure el espíritu!...

El joven, espantado, pasó a ver el desfile de los animales que había devorado y, bajo fuerte espanto, despertó...

Amanecía.

El sol de oro como que cantaba en todas partes un himno glorioso del trabajo pacífico.

Levindo saltó de la cama, corrió hasta su progenitora y exclamó:

– ¡Madrecita! ¡Déme rápido trabajo! ¡Déme rápido trabajo!...

– ¡Oh! ¡Hijo mío! – dijo la señora en un arranque de júbilo – ¡Qué alegría! ¡Cómo estoy de contenta!... ¿Qué aconteció?

Y el joven, preocupado, informó:

En esta noche pasada, yo vi la cuenta de la vida.

De ahí en adelante, se convirtió Levindo en un hombre honrado y útil.

18. LA AMISTAD REAL

Un gran señor que supo amontonar sabiduría, más allá de la riqueza, auxiliaba a diversos amigos pobres, en el mantenimiento del buen animo en la lucha por la vida.

Sintiéndose más viejo, llamó al hijo para que cooperara. El joven debía aprender con él a distribuir gentilezas y bienes.

Para comenzar, lo envió a la residencia de un compañero de muchos años, al cual destinaba trescientos cruceiros mensuales.

El joven siguió sus instrucciones.

Viajó seis kilómetros y encontró la casa indicada. Pero contrariamente a lo que él esperaba, no halló una vivienda en ruinas. El domicilio, a pesar de ser modesto, mostraba encanto y confort. Las flores perfumaban el ambiente y albo lino vestía los muebles con belleza y decencia.

El beneficiario de su padre lo saludó con efusiva alegría, y, después de una inteligente conversación, mandó a traer el café en un servicio agradable y distinguido. Le presentó a los familiares y amigos que se envolvían, felices, en una aureola enorme de salud y alegría.

Dándose cuenta de la tranquilidad y la abundancia, allí reinantes, el portador regresó al hogar, sin entregar la dádiva.

– ¿Para qué? – Conversaba consigo mismo – aquel hombre no era un mendigo. No parecía tener problemas que mereciesen compasión y caridad. En verdad, su progenitor se engañaba.

De vuelta, explicó a su viejo padre, con detalles, restituyéndole el importe de que fuera emisario.

El anciano, con todo, después de oírlo tranquilamente, retiró más dinero de la cartera, dobló la cantidad y consideró:

– Hiciste bien, volviendo hasta aquí. Ignoraba que nuestro amigo estuviese bajo más amplios compromisos. Vuelve a la residencia de él y, en vez de trescientos, entrégale seiscientos cruceiros, mensualmente, en mi nombre, de ahora en adelante. Su nueva situación reclama recursos duplicados.

– Pero, padre mío – acentuó el mozo – no se trata de una persona en posición miserable. Por lo que supongo, el hogar de él posee tantas comodidades como el nuestro.

– Descanso bastante con la noticia – exclamó el viejo, e imprimiendo tierna censura a la voz consejera, añadió:

– Hijo mío, si no es lícito dar remedio a los sanos y limosnas a los que no precisan de ellas, semejante regla no se aplica a los compañeros que Dios nos confió. Quien socorre al amigo, solamente en los días de extremo infortunio, puede ejercer la piedad que humilla en vez del amor que santifica. Quien espera el día del sufrimiento para prestar el favor, muchas veces no encontrará sino silencio y muerte, perdiendo la mejor oportunidad de ser útil. No debemos exigir que el hermano de jornada se convierta en un mendigo, con el fin de parecer superiores a él, en todas las circunstancias. Tal actitud de nuestra parte representaría crueldad y dureza. Extendámosle nuestras manos hagámoslo subir hasta nosotros, para que nuestro concurso no sea orgullo vano. Toda gente en el mundo puede consolar la miseria y compartir las aflicciones, pero son raros los que aprenden a acentuar la alegría de los entes amados. El amigo verdadero, con todo, sabe hacer esto. Vuelve, pues, y atiende mi consejo para que nuestro afecto constituya una sementera de amor para la eterni-

dad. Nunca desees improvisar necesitados, alrededor de nuestra puerta y, sí, crear compañeros para siempre.

Fue entonces que el joven, envuelto en la sabiduría paterna, cumplió cuanto le fue determinado, comprendiendo la sublime lección de la amistad real.

19. LA ENSEÑANZA VIVA

Al observar cualquier obra o servicio, María Carmen no dejaba de criticar.

Ante un vestido de las amigas, exclamaba sin delicadeza:

– El conjunto es tolerable, pero los accesorios dejan mucho que desear. El cuello fue muy mal hecho y las mangas están defectuosas.

Delante de cualquier mueble, remataba las observaciones irónicas con la frase:

–¿No podrían hacer cosas mejores?

Y, al frente de cualquier obra de arte, encontraba líneas y ángulos para condenar.

La madrecita, preocupada, estudió recursos para darle provechosa enseñanza.

Fue así que, cierta mañana, convidó a la hija a visitar, en su compañía, la construcción de un edificio de vastas líneas. La joven, que no podía adivinar sus planes, la siguió, sorprendida.

Recorrieron algunas calles y se pararon delante de un rascacielos en construcción.

La señora pidió la colaboración del ingeniero jefe y pasó a mostrar a la hija los múltiples departamentos. Mientras muchos operarios abrían huecos para las bases, en el suelo duro, maniobrando picos, vehículos pesados transportaban tierra de aquí para allí, con rapidez y seguridad.

Los albañiles comenzaban a levantar paredes, sudorosos y ágiles, bajo la atenta vigilancia de los técnicos que

orientaban los trabajos. Camiones y carros traían el material de más lejos, Los cargadores corrían en la ejecución del deber.

El director de las obras, invitado por la señora a pronunciarse sobre la edificación, esclareció, gentil:

—Seremos obligados a invertir mucho capital para rescatar lo gastado. Necesitaremos, aún, la colaboración de centenas de trabajadores especializados. Carpinteros, frisadores, vidrieros, pintores, bomberos y electricistas vendrán a terminar la obra. Cualquier construcción reclama todo un equipo de obreros dedicados.

La niña, revelándose impresionada respondió:

—¡Cuánta gente a pensar, a cooperar y servir!...

—Sí — consideró el jefe, sonriendo expresivamente — edificar es siempre muy difícil.

Más tarde, madre e hija presentaron sus despedidas, encaminándose, ahora, para un viejo barrio.

Pasaron por algunas transversales y plazas desagradables y llegaron al frente de una antigua casa en demolición. Se le veían las líneas nobles, al estilo colonial, a través de las alas que aun se hallaban de pie. Un hombre, solamente, se encontraba allí, usando un gigantesco martillo, abatiendo albañilería y maderería. Ante la caída de las paredes que se derrumbaban con estruendo, de minuto a minuto, la joven observó:

—¡Es terrible arruinar, de este modo, el esfuerzo de tantos!

La madre serena intervino, entonces, y habló, aconsejándola:

—Hija, llegamos al final de la enseñanza viva que buscamos. Toda realización útil en la tierra, exige la paciencia y el sudor, el trabajo y el sacrificio de mucha gente. Edificar es muy difícil, pero destruir y eliminar es siempre fácil. Bastará

una persona con un martillo en la mano para perjudicar la obra de millares. La crítica destructiva es un martillo que usamos criminalmente, ante el respetable esfuerzo ajeno. ¿Comprendió?

La joven hizo una señal afirmativa con la cabeza y, de ahí en adelante, procuró ayudar en vez de ensuciar, desanimar y herir.

20. EL ELOGIO DE LA ABEJA

Una gran mosca verde azul, mostrando envanecida sus alas doradas por el sol, penetró en una sala y encontró una abeja humilde cargando una pequeña provisión de recursos para elaborar miel.

La mosca arrogante se le aproximó y habló vanidosa:

– Donde surges, todos huyen. ¿No te sientes indeseable? Tu aguijón es terrible.

– Sí – dijo la abeja con desilusión – crea que sufro muchísimo cuando soy obligada a interferir. Mi defensa es, casi siempre, también mi muerte.

–¿Pero no puedes vivir con más distinción y delicadeza? – Volvió a decir la mosca – ¿Por qué aguijonear así a torcido y a derecho?

–No, amiga mía – esclareció la interlocutora – está bien así. No siento placer en perturbar. Vivo tan sólo para el trabajo que Dios me confió, que representa beneficio general. Y, cuando alguien me impide la ejecución del deber, me inquieto y sufro, perdiendo a veces, la propia vida.

–Creo, sin embargo, que si tuvieses modos diferentes... Si pulieses tus alas para que brillasen antes la luz solar, si te vistieses con colores iguales a los míos, tal vez no necesitates alarmar a nadie. Ninguna persona recelaría de tu intromisión.

–¡Ah! No puedo gastar mucho tiempo en tal asunto – alegó la abeja juiciosa– El servicio no me permite una presentación exterior muy primorosa, en todas las ocasiones. La producción de miel indispensable para el sustento de nuestra colmena y necesaria a mucha gente, no me ofrece la ocasión para excesivos cuidados conmigo misma.

—¡Fíjate!— dijo la mosca, desdeñosa— tus patas están en lamentable estado...

—Me encuentro en servicio —explicó la trabajadora humildemente.

—¡No! ¡No! —protestó la otra— esto es basura y relajamiento.

Y limpiándose caprichosamente las alas, la mosca se quedó quieta, como si estuviese en observación.

En ese instante, dos señoras y una niña penetraron al recinto y, notando la presencia de la abeja que buscaba salir, al encuentro de las compañeras distantes, una de las damas gritó, nerviosa:

—¡Cuidado! ¡Cuidado con la abeja! ¡Hiere sin piedad!...

La pequeñita trabajadora alada, se dirigió hacía el campo y la mosca soberbia pasó a exhibirse, volando despreocupada.

—¡Qué maravilla! — exclamó una de las señoras.

—¡Parece una joya! —dijo la otra.

La mosca perezosa planeó...Planeó...Y, se encaminó hacia el comedor, penetró en el guarda comidas, escurriendo sus larvas en la masa de los pasteles y en los diferente platos que se preparaban para el día siguiente. Acompañó a la niña, de manera imperceptible, y se le posó en la cabeza, infectándola en cierta zona en la que se hallaba ligeramente herida.

Transcurridas algunas horas, sobran las preocupaciones para toda la familia.

La encantadora mosca verde azul dejaba inmundicia y enfermedad por donde pasaba. ¿Cuántas veces sucede esto mismo, en la vida?

Hay criaturas simples, trabajadoras y leales, de trato poco agradable, a la primera vista, que a la manera de la abeja, sufren sarcasmos y desilusiones por cumplir bien con la obligación que les corresponde, a favor de todos; y hay mu-

cha gente de presentación brillante, como la mosca, y que, después de seducirnos la atención por la belleza de la forma, nos deja sólo las larvas de la calumnia, de la intriga, de la maldad, de la rebeldía y del desespero en el pensamiento.

21. EL CARNERO REBELDE

Cierto carnero muy inteligente, pero indisciplinado, se dio cuenta de los beneficios que la lana esparcía en todas partes, y desde entonces, se juzgó mejor que los demás seres de la creación, pasando a rebelarse contra el trasquilado.

—Si era tan precioso —pensaba— ¿por qué aceptar la humillación de aquella tijera enorme? Sufría frío intenso, de tiempo en tiempo, y, despreocupado de las ricas raciones que recibía en el redil, se detenía solamente en el examen de los perjuicios que suponía sufrir.

Muy amargado, se dirigió al Creador, exclamando:

—Mi Padre, no estoy satisfecho con mi pelaje. La trasquiladora es un tormento... ¡Modifícame Señor!...

El Todopoderoso le preguntó con bondad:

—¿Qué deseas que yo haga?

Vanidoso, el carnero respondió:

—Quiero que mi lana sea toda de oro.

La rogativa fue satisfecha. Con todo, así que el orgulloso ovino se mostró lleno de pelos preciosos, varias personas ambiciosas lo atacaron, sin piedad. Le arrancaron, violentamente, los hilos dejándolos llenos de llagas.

El infeliz, quejándose, corrió hacía el Altísimo e imploró:

—¡Mi Padre, cámbiame nuevamente! No puedo exhibir lana dorada...Pues encontraría siempre salteadores sin compasión.

El sabio de los sabios preguntó:

—¿Qué quieres que yo haga?

El animal, tocado por la manía de grandeza, suplicó:

—Quiero que mi lana sea labrada en porcelana primorosa.

Así fue hecho. Entre tanto, luego que volvió al valle, apareció en el Cielo un enorme ventarrón, que le quebró todos los hilos, dilacerándole la carne.

Regresó, afligido, al Todopoderoso y se quejó:

—¡Padre, renuévame! ... La porcelana no resiste al viento...Estoy exhausto...

Le dijo el Señor:

—¿Qué deseas que yo haga?

—Con el fin de no provocar a los ladrones y no herirme con porcelana quebrada, quiero que mi lana sea hecha de miel.

El Creador satisfizo su pedido. Sin embargo, luego que el pobre se halló en el redil, bandas de moscas asquerosas lo cubrieron de lleno y, por más que corrió campo afuera, no pudo evitar que le chupasen los hilos endulzados.

El mísero volvió al Altísimo e imploró:

—¡Padre, modifícame...las moscas me dejaron en sangre!

El Señor indagó, de nuevo, con inextinguible paciencia:

—¿Qué quieres que yo haga?

Esta vez, el carnero pensó más tiempo y consideró:

—Supongo que sería más feliz si tuviese mi lana semejante a las hojas de lechuga.

El Todobondadoso atendió una vez más su voluntad y el carnero volvió a la planicie, con la caprichosa alegría de parecer diferente. No obstante, cuando algunos caballos le pusieron los ojos encima, no consiguió mejor suerte. Los equinos lo prendieron con los dientes y, después que le comieran la lana le mordieron el cuerpo.

El carnero corrió en dirección del juez Supremo, goteando sangre de las profundas llagas, y con lágrimas, gimió, humilde:

—¡Mi Padre, no soporto más!...

Como sollozaba largamente, el Todocompasivo, viendo que él se arrepintiera con sinceridad, observó:

—¡Reanímate, hijo mío! ¿Qué pides ahora?

El infeliz replicó, en llanto:

—¡Padre, quiero volver a ser un carnero común, como siempre fui. No pretendo la superioridad sobre mis hermanos. Hoy sé que mis trasquiladores de otros tiempos son mis verdaderos amigos. Nunca me dejaron con heridas y siempre me dieron de comer y de beber, cariñosamente...Quiero ser simple y útil, tal cual me hiciste, Señor!...

El Padre sonrió, bondadoso, lo bendijo con ternura y habló:

—Vuelve y sigue tu camino en paz. Comprendiste, al fin, que mis designios son justos. Cada criatura está colocada por mi ley, en el lugar que le corresponde y, si pretendes recibir, aprende a dar.

Entonces el carnero, avergonzado, pero satisfecho, volvió para el valle, se reunió con los demás y de allí en adelante fue muy feliz.

22. EL PEOR ENEMIGO

Un hombre, admirable por las cualidades de trabajo y por las hermosas virtudes del carácter, fue visto por los enemigos de la humanidad que conocemos por ignorancia, maldad, discordia, vanidad, pereza y desánimo, los cuales tramaron, entre sí, actuar contra él, conduciéndolo a la derrota.

El honrado trabajador vivía feliz, entre familiares y compañeros, cultivando el campo y rindiendo gracias al Señor Supremo por las alegrías que disfrutaba en el placer de ser útil.

La ignorancia comenzó a tramar la persecución, presentándolo al pueblo como mal observador de las obligaciones religiosas. Se insolaba en el trabajo de la tierra, lleno de ambiciones desmedidas para enriquecerse a costa del sudor ajeno. No tenía fe, ni respetaba las buenas costumbres.

El labrador activo recibió las noticias del adversario que operaba, desde lejos, sonrió con calma y habló con sinceridad:

—La ignorancia está disculpada.

Surgió, entonces, la calumnia y lo denunció a las autoridades como espía de extraños intereses. Aquel hombre vivía, casi solo, para comunicarse mejor con una vasta cuadrilla de ladrones. El servicio policial le hizo minuciosas averiguaciones y al término del interrogatorio que lo vejó, la víctima afirmó su odio:

—La calumnia estaba engañada.

Y trabajó con doblado valor moral.

Luego, más tarde, vino la maldad, que lo atacó de más cerca. Comenzó la ofensiva, incendiándole el campo. Le destruyó maizales enormes, le perjudicó la viña, le ensució las

fuentes. Sin embargo, el operario incansable, reconstruyendo para el futuro, respondió sereno:

—Contra las sombras del mal, tengo la luz del bien.

Reconociendo los perseguidores que habían encontrado un espíritu robusto en la fe, instruyeron a la discordia que pasó a asediarlo dentro de la propia casa. Las provocaciones lo cercaron por todos lados y, en breve tiempo, hermanos y amigos de la víspera lo relegaron al abandono.

El siervo diligente, en esa ocasión, sufrió bastante, pero levantó sus ojos para el cielo y habló:

—Mi Dios y mi Señor, estoy solo, no obstante, continuaré actuando y sirviendo en tu nombre. La discordia será por mí olvidada.

Apareció, entonces, la vanidad que lo buscó en los aposentos más íntimos, afirmándole:

—¡Eres un gran héroe...venciste aflicciones y batallas! ¡Serás visto por la multitud con la aureola de los justos y de los santos!...

El trabajador sincero la repelió imperturbable:

—¡Soy apenas un átomo que respira, toda la gloria pertenece a Dios!

Ausentándose la vanidad con desilusión, entró la pereza y, acariciándole la frente con manos traicioneras, afianzó:

—Tus sacrificios son excesivos... ¡Vamos al reposo! ¡Ya perdiste las mejores fuerzas!...

Vigilante, con todo, el interpelado replicó sin titubear:

—Mi deber es servir en beneficio de todos, hasta el fin de la lucha.

Apartándose la pereza vencida, el desanimo compareció. No atacó de lejos, ni de cerca. No se sentó en una poltrona para conversar, ni le cuchicheó en los oídos. Entró en el corazón del diligente labrador y, después de instalarse hacia dentro, comenzó a preguntarle:

—¿Esforzarse para qué? ¿Servir por qué? ¿No ves que el mundo está repleto de colaboradores más competentes? ¿Qué razón justifica tamaña lucha? ¿Quién lo mandó a nacer en este cuerpo? ¿No fue determinación del propio Dios? ¿No será mejor dejar todo por cuenta de Dios mismo? ¿Qué espera? ¿Sabe acaso, el objetivo de la vida? Todo es inútil... ¿No se acuerda de que la muerte destruirá todo?

El hombre fuerte y valeroso, que triunfara en muchos combates, comenzó a oír las interrogaciones del desánimo, se acostó y pasó cien años sin levantarse...

23. LA DECISIÓN SABIA

Hace mucho tiempo, existió un rey poderoso y bueno, que se hizo notar por su sabiduría.

Convidado a verificar solemnemente, la invención de un súbdito, cuya cabeza era un prodigio de la matemática, compareció en traje de honra a la fiesta en que el nuevo aparato sería presentado.

El calculista, orgulloso, mostró la obra que había creado pacientemente. Se trataba de un largo tablero forrado de terciopelo negro, rodeado de pequeñas cavidades, sustentando una colección regular de bolas de madera pintadas. Accionadas por largos tacos de marfil, esas bolas rodaban en la dirección de las cavidades naturales, dando la oportunidad a un juego de gran interés por la expectación que provocaba.

Se revistió la fiesta de un brillo indiscutible. Diversos contendores disputaron partidas notables.

Durante todo el día, la gran masa popular rodeó el invento, comiendo y bebiendo.

El propio monarca siguió la alegría general, dando muestra de evidente satisfacción.

Se sirvió el almuerzo, junto a las grandes bandejas de carne, pan y frutas, en compañía de los amigos, y aplaudía contento, cuando éste o aquél participante en el nuevo e inocente juego conseguía una posición envidiable delante de los compañeros.

Al atardecer, terminada la curiosidad general, el inventor aguardó el parecer del soberano, con indecible orgullo. Se aglomeró el pueblo, igualmente, con el fin de oírlo.

No se cansaba el público de admirar el juego efectuado, a través de cálculos divertidos.

Despidiéndose, el rey se levantó, se hizo ver de todos y habló al vasallo inteligente:

—Genial matemático: la autoridad de mi corona determina que su obra de raciocinio sea premiada con cien piezas de oro que los cofres reales llevarán a su crédito, hoy mismo, en homenaje a su paciencia y habilidad. Esa remuneración, con todo, no le destaca, solamente su valor personal, sino también ciertos beneficios que su máquina viene a traer muchos hombres y mujeres de mi reino, menos afectos a las virtudes constructivas que todos debemos respetar en este mundo. En cuanto jueguen sus bolas de madera posiblemente muchos individuos, cuyos instintos criminales aún se hallan adormecidos, se desviarán del probable crimen y muchos cazadores ociosos dejarán en paz a los animales amigos de nuestra floresta.

El monarca hizo una larga pausa y la multitud comenzó a aplaudir delirante.

Se veía al inventor rodeado de abrazos, cuando el soberano continuó:

—Debo añadir, sin embargo, que la sabiduría de mi ce-tro ordena que el señor sea castigado con cincuenta días de prisión forzada, con el fin de que aprenda a utilizar su capacidad intelectual en beneficio de todos. La inteligencia humana es una luz cuya claridad debe ser consagrada a la cooperación con el Supremo Señor, en la tierra. Su invento no mejora el campo, ni crea trabajo serio; no ayuda a las si-mientes, ni ampara a los animales; no protege las fuentes, ni conserva las calles; no colabora con la educación, ni sirve a los ideales del bien. Más allá de esto, arrastra a centenares de personas, como se verificó en este día, con nosotros, a perder un valioso tiempo en la expectativa inútil. Vuelva a sus ben-

ditos quehaceres mentales, aún en la cárcel, y dedique su inteligencia a la creación de servicios de utilidad en provecho de todos, porque, si mi poder lo recompensa, mi experiencia lo corrige.

Cuando el rey concluyó y descendió de la tribuna, el inventor se puso pálido, el pueblo no batió palmas; entretanto, toda la gente aprendió, en la sabia decisión del gran soberano, que nadie debe menospreciar los tesoros de la inteligencia y del tiempo sobre la tierra...

24. EL APRENDIZ DESILUSIONADO

Un niño que deseaba ardientemente residir en el cielo, en una bonita mañana, cuando se encontraba en el campo, en compañía de su burro, recibió la visita de ángel.

Reconoció, rápidamente, al emisario de lo alto, por la sonrisa bondadosa y por el vestido resplandeciente.

Alucinado de júbilo, el muchacho gritó:

—¡Mensajero de Jesús, quiero el paraíso! ¿Qué debo hacer para llegar allá?

El ángel respondió con gentileza:

—El primer camino para el cielo es la obediencia, y el segundo, el trabajo.

El pequeño, que no parecía muy diligente, quedó pensativo.

El enviado de Dios entonces le dijo:

—Vengo a este campo, con el fin de auxiliar a la naturaleza que tanto nos da.

Fijó su mirada más dulcemente en el niño y le rogó:

—¿Quieres ayudarme a limpiar el suelo, cargando estas piedras para una fosa vecina?

—No puedo.

Sin embargo, cuando el emisario celeste se dirigió al burro, éste se apresuró a transportar las piedras, pacientemente, dejando la tierra libre y agradable.

Enseguida, el ángel pasó a dar órdenes de servicio en voz alta, pero el niño se rehusaba a contribuir, mientras que el burro iba obedeciendo.

En el instante de mover el arado, el niño se deshizo en palabras feas, huyendo de la colaboración. El mular disciplinado, con todo, ayudó cuanto pudo, en silencio.

En el momento de preparar la sementera, se verificó el mismo cuadro: el pequeño reposaba y el burro trabajaba.

En todas las medidas iniciales del labrado, el pesado animal actuaba cuidadoso, colaborando eficientemente con el labrador celeste; entretanto, el joven, lleno de salud y ligereza, permaneció abrumado, a un lado, lloroso sin saber por qué y acusando no se sabe a quien.

Al finalizar el día, el campo estaba lindo.

Los canteros bien diseñados surgían al centro, rodeados de hilos de agua benefactora.

Lo árboles, alrededor, parecían orgullosos de protegerlos. El viento se deslizaba tan manso que más se parecía a un soplido divino cantando en las campanitas del matorral.

La luna apareció esparciendo una intensa claridad.

El ángel abrazó al obediente animal, agradeciéndole su contribución. Viendo el niño que el mensajero se iba de vuelta, gritó, ansioso:

—¡Ángel querido, quiero seguir contigo, quiero ir para el cielo!...

Pero el emisario divino le respondió:

—El paraíso no fue hecho para gente perezosa. Si deseas encontrarlo, aprende primeramente a obedecer como el burro que supo recibir las bendiciones de la disciplina y el valor de la educación.

Y así esclareciéndolo subió hacia las estrellas dejando al muchacho desilusionado, pero dispuesto a cambiar de vida.

25. LA FALSA MENDIGA

Zezeía pedía limosna, hacía muchos años.

No era tan enferma que no pudiese trabajar, produciendo algo de utilidad, pero no se animaba a enfrentar cualquier disciplina de servicio.

—Una limosna por amor de Dios — clamaba el día entero, dirigiéndose a los transeúntes, sentada a la puerta de un inmundo tejero.

De cuando en cuando, personas amigas, después de darle un níquel, le aconsejaban:

— Zezeía, ¿Usted no podría plantar algún maíz?

—No puedo... — respondía rápido.

—Zezeía, ¿Quién sabe si usted podría beneficiar algunos kilos de café?

— ¿Quién soy yo, mi hijo? No tengo fuerzas...

—¿No desearías lavar ropa y ganar algún dinero? — indagaban damas bondadosas.

—Ni pensar en eso. No aguanto...

—¡Zezeía, vamos a vender flores! — La invitaban algunas jóvenes que se compadecían de ella.

—¡No puedo andar, mis hijas!... — exclamaba, suspirando.

—¿Y el bordado, Zezeía? — Interrogaba la vecina, servicial! — Usted tiene las manos libres. La aguja es una buena compañera. ¿Quién sabe si podrá ayudarnos? Recibirá compensadora remuneración.

—No tengo los dedos seguros — informaba, obstinada — y me falta suficiente energía... no puedo, mi señora...

Y así, Zezélia vivía postrada, sin ánimo y sin alegría.

Afirmaba sentir dolores por todas partes del cuerpo. Daba noticias de la tos, de la tontadera y del resfriado con largas palabras que pocas personas disponían del tiempo para oír. Más allá de las lamentaciones continuas, clamaba que no bebía café por falta de azúcar, y que no almorzaba por falta de alimentación.

Tanto pidió, lloró y se quejó Zezélia que, cierta mañana, fue encontrada muerta y la caridad pública le enterró el cuerpo con mucha piedad.

Todos los vecinos y conocidos juzgaron que el alma de Zezélia fuera directamente para el cielo; sin embargo, no fue así.

Ella despertó en medio de un campo muy oscuro y frío.

Se hallaba sin nadie y gritó, afligida, por el socorro de Dios.

Después de mucho tiempo, un ángel apareció y le dijo bondadoso:

—¿Zezélia, que desea usted?

—¡Ah! — observó vanidosa — ¿Ya soy conocida en la casa celestial?

—Hace mucho tiempo — informó el emisario, compadecido.

La vieja comenzó a llorar y rogó en llanto:

—¡He sufrido mucho!... ¡Quiero amparo de lo alto!...

—¡Pero oiga! — Esclareció el mensajero — El auxilio divino es para quien trabaja. Quien no planta, nada tiene que recoger. Usted no cavó la tierra, no cuidó las plantas, no ayudó a los animales, no hiló el algodón, no tejió hilos, no cosió paños, no amparó niños, no hizo pan, no lavó ropa, no barrió la casa, no cuidó flores, no trató ni siquiera de cuidar

su salud y su cuerpo... ¿Cómo pretende recibir las bendiciones de lo alto?

La infeliz observó, entonces:

—Nada podía hacer... yo era mendiga...

—¡No, Zezélia! — Usted no era mendiga. Usted fue simplemente perezosa. Cuando aprenda a trabajar, llame por nosotros y recibirá el socorro celeste.

Se le cerraron a los ojos los horizontes de luz y, a oscuras, Zezélia volvió para la tierra, con el fin de renovarse.

26. EL GRITO DE CÓLERA

¿Se acuerda del instante en que gritó fuertemente, antes del almuerzo?

Por una insignificante cuestión de vestuario, usted pronunció palabras feas en voz alta, irrespetando la paz doméstica.

¡Ah! Hijo mío, ¡Cuántos males fueron atraídos por su gesto de cólera!...

La mamá, muy afligida, corrió para el interior de la casa, llamando la atención de todos.

Le volvió el dolor de cabeza y el corazón se le descompasó.

Las dos hermanas, que cuidaban de la comida, se dirigieron precipitadamente para el cuarto, con el fin de socorrerla, y dos terceras partes del almuerzo quedaron inutilizadas.

A consecuencia de las circunstancias provocadas por su irreflexión, el papá, muy contrariado, fue compelido a esperar más tiempo en casa, llegando al trabajo con mucho atraso.

Su jefe no estaba dispuesto a tolerarle la falta y lo recibió con una áspera reprensión.

Quien lo viese, erecto y digno, sufriendo esa pena, en virtud de su liviandad, sentiría compasión, porque usted no pasa de ser un joven necesitado de disciplina, y él es un hombre de bien, viejo y correcto, que ya venció muchas tempestades para amparar a la familia y defenderla. Humillado, soportó las consecuencias de su gesto impulsivo, por varios

días, y fue observado en la oficina como si fuera un niño vago e imprudente.

Los resultados de su gritería fueron, sin embargo, más vastos.

La madre, empeoró y el médico fue llamado.

Medicinas costosas, traídas a prisa, impusieron una vertiginosa subida a los gastos y el papá no consiguió pagar todas las cuentas del almacén, de la farmacia y el alquiler de la casa.

Durante seis meses, toda la familia luchó y se solidarizó para recomponer la armonía quebrada, desastrosamente, por su ira infantil.

¡Ciento ochenta días de preocupaciones y trabajos arduos, sacrificios y lágrimas! Todo porque usted, incapaz de comprender la cooperación ajena, se puso a berrear, inconscientemente, rehusando la ropa que no le agradaba.

Piense en la lección, mi hijo, y no repita la experiencia.

Todos estamos unidos, recíprocamente, a través de lazos que proceden de los designios divinos. Nadie se reúne por casualidad. Fuerzas superiores nos acercan unos a otros, de modo que aprendamos la ciencia de la felicidad, en el amor y en el respeto mutuo.

El golpe del machete derrumba el árbol de una vez.

El ventarrón destruye un nido de un momento para otro.

La acción impensada de un hombre, todavía, es mucho peor.

El grito de cólera es un rayo mortífero, que penetra el círculo de las personas en que fue pronunciado y ahí se demora, indefinidamente, provocando molestias, dificultades y disgustos.

¿Por qué no aprender hablar y a callar en beneficio de todos?

Ayude en vez de reclamar.

La cólera es una fuerza infernal que nos aleja de la paz divina.

La misma guerra, que extermina a millones de criaturas, no es sino la ira venenosa de algunos hombres que se esparce, por mucho tiempo, amenazando el mundo entero.

27. CARTA PATERNA

Mi hijo, no tenías razón para encolerizarte.

Vi perfectamente, cuando el viejito se aproximó para servirte.

Traía un corazón amoroso y atento que no supiste comprender.

Diste una orden que el pobrecito no oyó tan bien, como deseabas. Se la repetiste y, como te preguntó nuevamente alguna cosa, preferiste palabras feas, que le hirieron las fibras más íntimas.

¡Como fuiste injusto!

Cuando naciste, el antiguo servidor ya venciera muchos inviernos y sirviera a mucha gente.

Se le enflaquecieron los oídos, ante las imperiosas determinaciones ajenas.

¿Nunca meditaste en la neblina que le nubla la mirada? La adquirió trabajando de noche, mientras dormías, despreocupado.

¿Sabes, por qué trae las piernas temblorosas? Devoró muchas leguas a pie, solucionando problemas de otros.

Te irritaste, cuando se demoró en movilizarse a tus órdenes. Sin embargo, exiges el automóvil para un viaje de dos kilómetros.

En muchas ocasiones, te quejaste contra él. Es un relajado a tus ojos, tiene las manos descuidadas y la ropa no muy limpia. Entretanto, nunca te imaginaste que el gastado servidor jamás encontró oportunidades iguales a las que recibiste.

Más allá de esto, no le ofreces la enseñanza amiga ni el tiempo para pensar en sus necesidades espirituales.

Reclamas muchos días para examinar pequeñas cuestiones, referente a tu bienestar; sin embargo, no le consagras ni siquiera una hora por semana, ayudándole a reflexionar...

Respondes, enfadado, cuando el viejo compañero te pide algunas monedas, pero no vacilas en gastar pequeñas fortunas con amigos ociosos, en noches alegres, en las que te sumerges en imaginarios placeres.

Lo interrogas, ingrato: – ¿Qué hiciste del dinero que te di?

Olvidas que el siervo de frente arrugada no dispone de tiempo ni de recursos para calcular, con exactitud, los procesos de ganar más allá de lo necesario, y no consiguió la oportunidad de ilustrar su razón con los refinamientos que caracterizan al tuyo.

–¡Ah! Hijo mío, cuando la impaciencia te visita el espíritu, recuerda que el monstruo de la ira indeseable te toca a las puertas del corazón. Y cuando a ella te entregas, imprevisivo, tus conquistas más elevadas tiemblan en sus bases. ¡Llego a desconocerte, porque la furia de los elementos interiores te alteran la individualidad a mis ojos, y así no sé si pasas a la condición de un niño o de un demonio!...

Si no puedes contener, aún, los movimientos impulsivos de sentimientos perturbadores, llegando el instante del testimonio, cállate y espera...

La cólera nada edifica y nada restaura...

Solamente siembra desconfianza y temor, alrededor de tus pasos.

Es probable que guardes alguna reclamación contra mí, tu padre, porque yo también soy aún humano. No obstante, hijo, por encima de nosotros dos permanece el Padre Supre-

mo, y ¿qué sería de ti y de mi, si Dios, un día, se encolerizase
contra nosotros?

28. EL SERMÓN FUNDAMENTAL

Un aprendiz de nuestro Señor Jesucristo, se entusiasmó con las enseñanzas del evangelio y decidió propagarlas, mientras viviese. Leyó, muy atento, las lecciones del Maestro y comenzó a comentarlas por todas partes, gastando días y noches en ese menester.

Llegó, sin embargo, el momento en que necesitó pagar sus gastos y fue obligado a trabajar.

Se empleó bajo las órdenes de un orientador que no le agradó. Ese director de servicio se hallaba muy distante de la fe, y por esto, le contrariaba las tendencias religiosas. Le controlaba las horas con rigor y le observaba con apuntes agrios y rudos.

El predicador del crucificado ya no se movilizaba con la misma libertad de otro tiempo. Era obligado a consagrar largos días de trabajos difíciles que le consumían las fuerzas. Proseguía enseñando la nueva doctrina, cuanto le era posible; sin embargo, ya no podía actuar ni hablar, como quería o cuando pretendía. Tenía los minutos contados, las oportunidades divididas, las semanas tabuladas, y como se juzgó víctima de las órdenes de su jefe, buscó al director de los servicios y se despidió.

El propietario que lo empleara indagó el motivo que lo llevaba a semejante resolución.

Un tanto irónico, el joven se explicó:

—Quiero ser libre para servir mejor a Jesús. No puedo, pues, aceptar el cautiverio de su casa.

En ese día de descanso absoluto, se sintió tan independiente y tan satisfecho que discurrió, animadamente, sobre la doctrina cristiana, hasta después de media noche, en varias casas religiosas.

Reposando, feliz, a la alta madrugada soñó que el Maestro venía a su encuentro. Observó su belleza celeste y se arrodilló para besarle la túnica resplandeciente.

Jesús, sin embargo, mostraba en su fisonomía una dolorosa e indiscutible tristeza.

El discípulo se inquietó y lo interrogó:

—¿Señor, por qué te sientes amargado?

El Cristo respondió, melancólicamente:

— ¿Por qué despreciaste, hijo mío, el sermón que te confié?

—¿Cómo es eso, Señor? — Replicó el joven — Aún hoy abandoné a un hombre tiránico para enseñar mejor tu palabra. He dicho discursos en varios templos y comentando la Buena Nueva por donde paso.

—Sí — exclamó el Maestro — este es el sermón que me ofreces y que deseo que continúes fervorosamente; pero, confié a tu espíritu que predicara fundamentalmente la verdad a un hombre que administra mis intereses en la Tierra y no supe ejecutarla. Lo clasificaste de ignorante y cruel; entretanto, olvidas que él ignora lo que tú sabes. Y ¿pretendes acaso, desconocer que el orientador humano que te di, solamente podría absorber mis enseñanzas, en esta hora, a través de tu ejemplo? Tu humildad constructiva, en el espíritu de servicio, le modificaría el corazón... Si le dices cinco años consecutivos de demostraciones evangélicas, estaría preparado a caminar, por sí mismo, en la dirección del Reino Divino... Y él, que determina sobre el tiempo de doscientos hombres, se haría mejor, más humano y más noble, sin perjuicio de la energía y de la eficiencia... Podrás enseñar el camino celes-

tial a cien mil oídos, pero el sermón del ejemplo, que convierta a un solo corazón al infinito bien, establece con más rapidez la redención del mundo.

El aprendiz deseó preguntar alguna otra cosa; entretanto, el Cristo, se alejó en un torbellino de luminosa neblina.

Despertó sobresaltado, y no durmió más aquella noche.

A la mañana, se puso en camino del establecimiento en que trabajara, buscó al director de quien se despidiera y pidió humildemente:

—¡Señor, le ruego me disculpe por mi gesto impensado y, en caso de que sea posible, admítame de nuevo en esta casa! Aceptaré cualquier género de tarea.

El jefe, admirado, indagó:

—¿Quién te indujo a esta modificación?

—Fue Jesús — respondió el joven — no podemos servirlo por intermedio de la indisciplina o del orgullo personal.

El director concordó sin vacilación, exclamando:

—¡Entre! Estamos a su disposición.

Anotó la buena voluntad y el sincero deseo de servir de que el empleado daba, ahora, vivo testimonio, y pasó a reflexionar en la grandeza de la doctrina que así orientaba los pasos de un hombre en el perfeccionamiento moral. Y el aprendiz del evangelio que tomó de nuevo el trabajo común, intensamente feliz, comprendió, al final, que podría seguir en la propaganda verbal que deseaba y en la predicación básica del ejemplo que Jesús esperaba de él.

29. EL BARRO DESOBEDIENTE

Hubo un alfarero que llegó al patio de servicio y reparó, con alegría, en un pequeño bloque de barro. Lo contempló, extasiado, debido al color vivo que presentaba y habló:

—¡Vamos! Haré de ti un delicado pote de laboratorio. El analista se alegrará con tu valiosa ayuda.

Inmensamente sorprendido, sin embargo, notó que el barro replicaba:

—¡Oh! ¡No, no quiero! ¿Yo, en un laboratorio, tolerando precipitaciones químicas? ¡Por favor, no me toques para semejante fin!

El alfarero, espantado, consideró:

— Deseo darte forma por amor, no por odio. Sufrirás el calor del horno para que te hagas bello y útil... Entretanto, como te rehúas a lo que te propongo, te transformaré en una caprichosa ánfora destinada al depósito de perfumes.

—¡Oh! ¡Nunca!... — exclamó el barro — ¡Esto no! Estaría expuesto al placer de los inconscientes. No estoy inclinado a soportar esencias, a través de peregrinaciones por los muebles de lujos.

El dueño del servicio meditó mucho en la desobediencia del barro orgulloso, pero, entendiendo que todo debía hacer para no traicionar la confianza del Cielo, ponderó:

—Bien, te convertiré, entonces, en un plato honrado y robusto. Comparecerás a la mesa de mi hogar. Te quedarás con nosotros y serás compañero de mis hijitos.

—¡Jamás! — Clamó el barro, con indisciplina — esto sería una pesada humillación... ¿Transportar arroz cocido y aguantar caldos grasientos en la cara? ¿Asistir, inerte, a las escenas de glotonería en tu casa? ¡No, no me sometas!...

El trabajador dedicado le perdonó la ofensa y añadió:

—Modificaremos el programa aún una vez más. ¡Serás un vaso amigo, en el que el agua limpia repose. Ayudarás a los sedientos que se aproximen a ti. Mucha gente bendecirá tu cooperación. Despertarás la alegría y la gratitud en las criaturas!...

—¡No, no! — Protestó la arcilla — ¡No quiero! Sería condenarme por tiempo indefinido a estar arrimado a las paredes polvorientas o estar metido en las salas oscuras de personas sin categoría. ¡Por favor, ahórrame! ¡ahórrame!...

El alfarero cuidadoso consideró, preocupado:

—¿Qué será de ti cuando te conduzcan al horno? No pasarás de ser una materia endurecida y deforme, sin ninguna utilidad o belleza. Sin sacrificio y sin disciplina, nadie se eleva a los planos de la vida superior.

El barro, sin embargo, desechó la advertencia, gritando:

—¡No acepto ni el sacrificio, ni la disciplina!...

Y antes de que pudiese proseguir, pasó el horneador recogiendo la arcilla pronta, y el barro desobediente fue conducido también al horno abrasador.

Transcurrido algún tiempo, el barro vanidoso fue retirado y — ¡Oh sorpresa! — no era un pote de laboratorio, ni ánfora de perfumes, ni plato para la comida, ni vaso para el agua, y si, un feo pedazo de tierra requemada y muerta, sin ninguna significación, siendo inmediatamente tirada al pantano.

Así acontece con muchas personas en el mundo. Se rebelan contra la voluntad soberana del Señor que las convidan

al trabajo de perfeccionamiento, pero, después de llevadas por la experiencia al horno de la muerte, se transforman en verdaderos fantasmas de desilusión y sufrimiento, necesitando de largo tiempo para volverse a las bendiciones de la vida más noble.

30. DA DE TI MISMO

Declaraste no poseer dinero para auxiliar.

¿Crees que un poco de papel o un tanto de níquel te sustituyen el corazón?

¿Olvidaste, hijo mío, de que puedes sonreír para el enfermo y extender la mano al necesitado?

La flor no trae consigo una bolsa de oro y, sin embargo, esparce perfume en el firmamento.

El cielo no exhibe lluvias de monedas, pero llena el mundo de luz.

¿Cuánto pagas por el aire fresco que, en caricias amigables, te visita en la habitación por la mañana?

¿El oxígeno te cobra impuestos?

¿Cuánto te cuesta la ternura materna?

Las aves cantan gratuitamente.

La fuente que te ofrece el baño reconfortante no exige mensualidad.

El árbol te abre los brazos acogedores, repletos de flores y frutos, sin pedirte ninguna moneda.

La bendición divina, cada noche, conduce tu pensamiento al bendito reposo del sueño y no le das retribución de especie alguna. Habitualmente sueñas, que estás cortando rosas en un hermoso jardín, junto a compañeros felices; no obstante, jamás te acordaste de agradecer a los genios espirituales que te proporcionan el venturoso descanso.

La estrella brilla sin pagarle.

El sol no espera salario.

¿Por qué no aprendes con la naturaleza que te rodea?

¿Por qué no hacerte más alegre, más comunicativo y más dulce?

Tienes la fisonomía seca y sombría porque te falta el dinero excesivo y reclamas recursos materiales para ser bueno, cuando la bondad no nace de los cofres abarrotados.

Sé hermano de tu hermano, compañero de tu compañero, amigo de tu amigo.

En la ciencia de amar, resplandece la sabiduría de dar.

Muestra un semblante sereno y optimista donde fueres.

Extiende los brazos, engrandece el corazón, comunícate con el próximo, a través de los hilos brillantes de la amistad fiel.

¿Qué importa si alguien no te entiende el gesto de amor?

¿Qué sería de nosotros, hijo mío, si la mano del Señor permaneciese distante, por temor a nuestra rudeza y maldad?

Da de ti mismo en todas partes.

Muy por encima del dinero, permanecen tus manos amigas y fraternales.

31. LA LEYENDA DEL DINERO

Se cuenta que, en el principio del mundo, el Señor tuvo dificultades en el desenvolvimiento de la obra terrestre, porque los hombres se entregaron al reposo excesivo.

Ninguno se animaba a trabajar.

Tierra suelta se amontonaba aquí y allí. Minerales variados se extendían en el ocio. Las aguas estancadas aparecían en todas partes.

El Divino organizador pretendía levantar hogares y templos, centros educacionales y diversos asilos, pero... ¿Con qué brazos?

Los hombres y las mujeres de la tierra, convidados al sudor de la edificación por amor, respondían: – “¿Para qué?” Y comían frutos silvestres, perseguían animales para devorarlos y dormían bajo los árboles más grandes.

Después de reflexionar mucho, el Celeste Gobernador creó el dinero, adivinando que las criaturas, presas de la ignorancia, si no sabían actuar por amor, trabajarían por ambición.

Y así aconteció.

Tan pronto surgió el dinero, la comunidad se fragmentó en pequeñas y grandes facciones, incentivándose la producción de beneficios generales y de valores imaginativos.

Aparecieron candidatos para toda clase de servicios.

El primero de ellos pidió al Señor permiso para fundar una gran alfarería. Otro, requirió medios de investigar los minerales pesados, de manera de transformarlos en utensilios

útiles. Cierta trabajador suplicó recursos para el aprovechamiento de grandes áreas en la exploración de cereales. Otro, aún, imploró un préstamo para producir hilos, de modo que pudiera colaborar en el perfeccionamiento del vestuario. Servidores de varias procedencias vinieron a solicitarle auxilio financiero destinado a la creación de remedios.

El Señor los atendió a todos, con alegría.

En breve, alfarerías fábricas, telares rústicos y oficinas rudimentarias de improvisaron aquí y allá, desenvolviendo un amplio progreso en la inteligencia y en las cosas.

Los hombres, procurando ansiosamente el dinero, con el fin de tornarse más destacados y poderosos entre sí, trabajaban sin descanso, produciendo tinajas, instrumentos agrícolas, maquinas, hilos, aceite, alimento abundante, ropas, calzados e innumerables invenciones de confort, y, así, la tierra menos provechosa fue removida, las piedras aprovechadas, y los ríos canalizados convenientemente para la irrigación; los frutos fueron guardados en conserva preciosa; las carreteras fueron trazadas de norte a sur, de este a oeste y las aguas recibieron a las primeras embarcaciones.

Todo el mundo perseguía el dinero y peleaba por la posesión de él.

Viendo, entonces, el Señor que los hombres producían obteniendo provecho y prosperidad por el ansia de poder, consideró satisfecho:

—Mis hijos de la tierra no pudieron servir por amor, en vista de la deficiencia, que, por el momento, les señala su posición; pero, el dinero establecerá competencias benéficas entre ellos, en beneficio de la obra general. Retendrán provisionalmente los recursos que me pertenecen y, con la sensación de propiedad, improvisarán todos los productos y materiales que el perfeccionamiento del mundo necesita. Ésta es mi ley de préstamo que permanecerá asentada en el cielo.

Cederé posibilidades a cuantos me la pidieron, de acuerdo con las exigencias del aprovechamiento común; sin embargo, cada beneficiario me deberá presentar cuentas de lo que haya despendido, porque la muerte los conducirá, uno a uno, a mi presencia. Este decreto Divino funcionará para cada persona, en particular, hasta que mis hijos, individualmente, aprendan a servir por amor a la felicidad general, libres de los grillos que la posesión instituye.

Desde entonces, la mayoría de las criaturas pasó a trabajar por dedicación al dinero, que es de propiedad exclusiva del Señor, de cuya aplicación, cada hombre y cada mujer presentará cuentas a Él más tarde.

32. LA SENTENCIA CRISTIANA

Un juez cristiano, riguroso en la aplicaciones de la ley humana, pero fiel en la devoción al evangelio, encontrándose en medio de una sociedad corrompida y perversa, oró, implorando la presencia de Jesús.

Tantas sentencias condenatorias debía dictar diariamente, que se le endureció el corazón.

Sin embargo, atormentado, entre la confianza que consagraba al divino maestro y a las acusaciones que se consideraba obligado a formular, rogó, cierta noche, al Señor, que le esclareciese el espíritu angustiado.

Efectivamente, soñó que Jesús venía deshacerle las dudas aflictivas. Se arrodilló a los pies del amoroso amigo y preguntó:

—Maestro, ¿qué normas adoptar delante de un homicida? ¿No estará lógicamente incurso en las penas legales?

El Cristo sonrió, levemente, y respondió:

—Sí, el criminal está condenado a recibir remedio correctivo, como enfermo del alma que es.

El juez consideró extraña la respuesta; con todo, prosiguió indagando:

—¿Cómo actuar, ante el delincuente rudo, Señor?

—Está condenado a valerse de nuestro auxilio, a través de la educación por el amor paciente y constructivo — explicó Jesús, bondadoso y con calma.

—Maestro, ¿y qué corrección aplicar al perezoso? —

Está condenado a manejar el arado o el pico, conquistando el pan con el sudor de su rostro.

—¿Qué haré con la mujer pervertida? — interrogó el jurista, con sorpresa.

—Está condenada a beneficiarse de nuestro amparo fraternal, con el propósito de que se vuelva a levantar para la elevación del trabajo y hacia la dignidad humana.

—Señor, ¿cómo juzgar al ignorante?

—Está condenado a los buenos libros.

—¿Y el fanático?

—Está condenado a ser oído e interpretado con tolerancia y caridad, hasta que aprenda a liberar su propia alma.

—Maestro, ¿y qué directrices adoptar, ante un ladrón?

—Está condenado a la oficina y a la escuela, bajo vigilancia benéfica.

—¿Y si el ladrón es un asesino?

—Está condenado al hospicio, donde se le cure la mente envenenada.

El magistrado se puso a meditar gravemente y se acordó de que debía modificar todas las piezas del tribunal, sustituyendo la discriminación de castigos diversos por remedio, servicio, fraternidad y educación. Sin embargo, no sintiéndose bien con su conciencia, dirigió al Señor una mirada suplicante, y le preguntó, después de largos instantes:

—Maestro, ¿y de mí mismo, que haré?

Jesús sonrió, aún una vez más, y dijo, sereno:

—El cristiano está condenado a comprender y ayudar, amar y perdonar, educar y construir, distribuir tareas edificantes y bendiciones de luz renovadora, donde estuviere.

En ese momento, el juez despertó en lágrimas y, al poseer la sublime lección que recibiera, reconoció que, de ahí en adelante, sería otro hombre.

33. VIVIREMOS SIEMPRE

Hijo, no humilles a los ignorantes y a los débiles.

Todos somos viajeros de la vida eterna.

De la cuna al túmulo atravesamos a penas un acto del inmenso drama de nuestra evolución hacia Dios.

A veces, el Señor viste el traje pobre del operario humilde para conocer sus duras necesidades, y el operario humilde viste el suntuoso traje del Señor, para conocerle las duras obligaciones en la tarea administrativa.

Cuando un hombre menosprecia las oportunidades de tiempo y dinero que el Cielo le confía, vuelve al mundo en otro cuerpo, experimentando escasez de todo.

No escarnezas al estropeado. Tu boca podrá cubrirse de cicatrices.

No recojas los bienes que no te pertenecen. Tus brazos son susceptibles de quedar parálíticos, sin que puedas acariciar lo que es tuyo, provisionalmente.

No camines al encuentro del mal, por que el mal dispone de recursos para sorprenderte, tal vez con la perturbación y con la muerte.

Ayuda y sigue adelante, expandiendo un corazón compasivo para con todos los dolores, y lleno de amor y perdón para todas las ofensas.

Cuando no puedas elogiar, cállate y espera, porque la lengua viciada en la definición de los defectos ajenos, regresa al mundo en plena mudez.

Quien llega a través de una cuna risueña, en la mayoría de los casos es alguien que vuelve al campo de la carne, con el fin de restaurarse y aprender.

Así como la flor se destina al fruto que alimenta, tu conocimiento debe producir la bondad que construye y santifica.

Acuérdate que largo es el camino y que necesitaremos cambiar de cuerpo, en dirección de la victoria final, tantas veces como fueran necesarias, hasta que la indispensabilidad de la vestimenta física se desvanezca con las encarnaciones sucesivas...

Recogeremos de lo que hayamos sembrado.

No desprecies, así, a los menos felices.

El malhechor y el vagabundo que se dejen esclavizar por los demonios de la pereza son igualmente nuestros hermanos. Ayudémosle, a través de todos los medios a nuestro alcance.

No siempre el verdadero desafortunado es aquel que se debate en un lecho de sufrimiento. No olvides al infeliz bien trajeado que cruza las avenidas de la ignorancia, sin paz y sin luz.

Hijo mío, volveremos aún a la Tierra, probablemente, muchas veces...

El servicio de redención así lo exige.

Ama a todos.

Auxilia indistintamente.

Siembra el bien, al margen de todas las sendas.

Recurriremos al amparo de muchos. Es de la Ley del Señor que no avancemos sin los brazos fraternales, unos de los otros.

¡Prepara, desde ahora, la colaboración de que necesitarás, con el fin de que prosigamos, en paz, hacia la cima de la montaña! ¡Sé hermano de todos para que te sientas, desde

hoy, en el centro de la gran familia humana, y el Señor Supremo te bendecirá!

34

LA GALLINA AFECTUOSA

Una gentil gallina, llena de instintos maternos, encontró un huevo de regular tamaño y abrió sus alas sobre él, calentándolo cariñosamente. De cuando en cuando, lo besaba enternecida. Si salía a buscar alimento, volvía apresurada, para que no le faltase el calor vitalizante. Y pensaba, garbosa: – ¡Será mi pollito! ¡Será mi hijo!

En hermosa mañana de cielo claro, notó que el hijito nacía, robusto.

Lo crió, con todos los cuidados. No obstante, en un dorado crepúsculo de verano, lo vio huir por las aguas de un lago, sobre las cuales se deslizaba contento. Lo llamó como loca, pero no obtuvo respuesta. El bichito era un pato arisco y fugado.

La gallina, desalentada, por haber abrigado a un huevo que no pertenecía a su familia, volvió muy triste, al viejo gallinero, sin embargo, transcurrido algún tiempo y encontrando otro huevo, repitió la experiencia.

Una nueva criaturita frágil vino a la luz. La protegió, con ternura, se dedicó al hijo con todas sus fuerzas, pero en breve, reparó en que no era un pollito como fue ella, en la infancia. Se trataba de un cuervo experto que la dejó en doloroso abatimiento, volando a pleno cielo, para unirse a los oscuros bandos de aves iguales a él.

La desventurada madre sufrió muchísimo. Entre tanto, aunque resuelta a vivir sola, fue sorprendida, cierto día, por otro huevo de delicada apariencia. Recapituló las esperanzas maternas y lo incubó. Dentro de poco surgió el hijito. La gallina lo acarició, feliz, pero en el trascurso de algunas sema-

nas, observó que el hijo ya crecido perseguía ratones a la sombra.

Durante el día, daba muestras de estar perturbado y ciego; no obstante, cuando se iban haciendo las sombras exhibía ojos brillantes que la amedrentaban. En noche más oscura, huyó para una torre muy alta y no volvió más. Era una lechuza nueva, sedienta de aventuras.

La abnegada madre lloró amargamente, sin embargo, encontrando otro huevo, buscó ampararlo. Se anido, lo calentó, y pasados treinta días, vino a la luz un hijo corpulento. La gallina lo ayudó como pudo, pero en breve tiempo, el hijo reveló un crecimiento descomunal. Pasó a mirarla de arriba abajo. Se hizo mayor que ella y la desconoció. Era un pavito orgulloso que llegó hasta a maltratarla.

La cariñosa ave, en esta ocasión, se desesperó definitivamente. Salió del gallinero gritando y se disponía a lanzarse a las aguas del río próximo, en señal de protesta contra el destino, cuando una gran gallina más vieja la abordó, curiosa por conocer los motivos que la segregaban en un dolor tan grande.

La miserable respondió, contando su propio caso.

La hermana con más experiencia mostró en la mirada una linda expresión de complacencia y consideró, cacareando:

—¿Qué es esto amiga? No desesperes. La obra del mundo es de Dios, nuestro Padre. Hay huevos de gansos, de pavos, de patos, de golondrinas y hasta de sapos y serpientes, tanto como existen nuestros propios huevos. Continúe incubando y ayudando en nombre del Padre Creador; entre tanto, no te apegues a los resultados del servicio que pertenecen a Él y no a nosotros, porque la escalera para el Cielo es infinita y los peldaños son diferentes. No podemos obligar a los otros

que sean iguales a nosotros, pero es posible auxiliar a todos de acuerdo a nuestras posibilidades. ¿Entendió?

La gallina sufrida aceptó el argumento, se resignó y volvió, más calma, al gran parque avícola al que se afiliaba.

El camino humano se extiende, repleto de dramas iguales a éste. Tenemos hijos, hermanos y diferentes parientes, que de ningún modo sienten afinidad con nuestras tendencias y sentimientos. Traen consigo inhibiciones y particularidades de otras vidas, que no podemos eliminar de inmediato. Estimaríamos que nos diesen compresión y cariño, pero permanecen imantados a otras personas y situaciones, con las cuales asumieron ineludibles compromisos. En otras veces, respiran nuestros climas evolutivos.

Pero no nos aflijamos.

A cada criatura le pertenece la claridad o la sombra, la alegría o la tristeza del grado en que se colocó.

Amemos sin el egoísmo de la posesión y sin ningún propósito de recompensa, convencidos de que Dios hará el resto.

35

EN LA SIEMBRA DEL AMOR

Ayuda siempre, hijo mío.

Piensa en el bien, exalta su grandeza e intensifica sus dones en la tierra.

La gloria más expresiva del perdón no reside tanto en la superioridad de aquel que lo concede, sino en la suma de los beneficios generales que vendrán después de él. El más alto valor del concurso fraternal, no está contenido en el socorro a las necesidades materiales de orden inmediato y, sí, en el estímulo de la confianza y la fraternidad.

Solamente los espíritus en desequilibrio extremo, grandemente endurecidos en el mal, menosprecian las manifestaciones del bien.

Sé que es difícil juzgar el destino de una dádiva y, a veces, tu pensamiento se pierde, inútilmente, en complicadas conjeturas.

“¿Habré dado para el bien? ¿Habré dado para el mal?”
– Interrogas a ti mismo.

Pero, si no diste cuanto posees, si apenas concediste migajas del tesoro que el Señor te confió, ¿No podrás ayudar al próximo, tranquilamente, en nombre del mismo generoso Señor que todo te prestó en el mundo, a título precario?

Claro que no te ruego favorecer el crimen y el desorden visibles a nuestra mirada. Entretanto, si te puedo pedir alguna cosa, en ningún momento te niegues a la cooperación fraternal.

No abandones al enfermo, recelando aborrecimientos y no huyas del hermano desdichado que cayó en las mallas de la justicia, temiendo sinsabores.

Si tu bondad no fue comprendida, aprende a esperar.

¿No es más cristiano aquél que sirve por amor de servir, sin ninguna expectativa de remuneración?

No te olvides de que el Maestro fue conducido al madero de la angustia, por ayudar y amar siempre...

Equivócate, auxiliando.

Será mejor así, porque todos estamos bajo la mirada de la vigilancia Divina.

El hombre que ayuda por vanidad y ostentación casi siempre, en poco tiempo, crea para sí mismo el hábito de auxiliar, alcanzando sublimes virtudes. Aquél que, todavía, fiscaliza mucho los beneficiados y razona con exceso en cuanto a “dar” y a “no dar” no es raro, que se convierta, en un calculista de la piedad, endureciendo el corazón, por numerosos siglos.

¡Oye! Estamos al frente del tiempo infinito...

Es imprescindible sembrar.

No abones el vicio y el crimen. Tampoco olvides, que es necesario plantar mucho amor, para que el amor nos favorezca.

36

EL MAYOR PECADO

Un sacerdote sabio, deseando enseñar el camino del cielo a los creyentes que confiaban en él, rogó a Jesús, después de largas meditaciones y sacrificios, que le fuese revelado cual es el mayor impedimento contra la iluminación espiritual.

Con efecto, de mente limpia, se durmió y soñó que era conducido a la puerta celestial.

Rodeado de esplendor, un Ángel lo recibió, benevolente.

—¡Mensajero de Dios! — Clamó el sacerdote — vengo a rogar la verdad para las ovejas humanas que me siguen...

—¿Qué pretende saber? — Indagó la entidad Angélica.

—Pido esclarecimiento sobre el mayor obstáculo para el Alma, en el camino hacia Dios. Sé que tenemos siete pecados mortales que aniquilan en nosotros la gracia Divina, en la ascensión a lo alto. Bajo la influencia de semejantes monstruos, rueda el espíritu por el despeñadero infernal. Entretanto, desearía explicaciones más claras, en cuanto al problema del mal, porque nuestras faltas varían infinitamente.

El Ángel sonrió y consideró:

—La solución es simple. ¿Cuáles son los pecados a los que te refieres?

El ministro de la fe movió los dedos y respondió:

—Soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. De ellos nacen las demás imperfecciones.

El mensajero, de todas maneras, añadió:

—Pero, en el fondo, podemos reducirlos a uno. Todos los pecados, inclusive los mortales, proceden de una misma fuente.

El sacerdote, curioso, suplicó:

— ¡Oh! ¡Ángel amigo, aclárame el entendimiento! ¡Hay muchos aprendices, en la tierra, aguardando mi palabra!...

El emisario de la esfera superior, sin ninguna presunción de superioridad, pasó a elucidar:

—¡Escucha y atiende! Si el soberbio trabajase para el bien de todos, no encontraría la ocasión de cultivar el orgullo y la vanidad, que lo llevan a creerse punto central del universo.

Si el avariento conociese las ventajas del sudor, en la felicidad de sus semejantes, no se entregaría a la voluptuosidad de la posesión que lo obliga a acumular inútilmente.

Si el hombre inclinado a la tentación de los placeres fáciles, aprendiese a gastar sus propias fuerzas a favor de la elevación colectiva, no dispondría de la ocasión para apegarse a las pasiones aniquiladoras que lo arrastran al crimen.

Si las personas fácilmente irascibles siempre estuviesen dispuestas a servir de acuerdo con los designios divinos, no envenenarían su salud con remordimientos y angustias injustificables.

Si el goloso viviese atento a la tarea constructiva que le corresponde en el mundo, no se esclavizaría a los apetitos devastadores que le arruinan el cuerpo y el Alma.

Y si el envidioso utilizase la existencia, en el trabajo digno, no gastaría el tiempo acompañando maliciosamente las iniciativas del próximo, complicando su propio destino...

Como ve, el mayor de los pecados, la causa primordial de todos los males, es la pereza.

Da trabajo edificante a tus ovejas y convéncete de que, en la posesión del servicio, no se apartará del camino justo.

El sacerdote no tuvo más nada que preguntar.

Despertó, edificado, y desde el día siguiente en adelante, el pueblo reparó en que el ministro modificó sus sermones.

37

ANOTACIÓN

Manifestaste inocultable aborrecimiento, ante las observaciones paternas que te contrariaran los propósitos impensados.

Ayer, abusaste de la alimentación, hoy pretendías una excursión inconveniente.

Se refirió tu padre a las necesidades del espíritu, con acentuada tristeza; sin embargo, lejos de entender la nobleza de su gesto, buscaste, intempestivo, los brazos maternos, en la ansia incontenida de hallar aprobación a tus caprichos juveniles.

Pero, fuiste injusto.

El joven que rehúsa la orientación acertada de los más viejos que le desean el bien, procede como el labrador liviano que reprueba la buena simiente.

Gustas de largas excursiones en los campos frutales, cuando las naranjeras se cubren de frutos y cuando las parras están llenas de uvas dulces.

¿Crees, no obstante, que los excelentes árboles hayan crecido sin cuidado? ¿Admites que la viña no necesitó de amparo cuando estaba pequeña?

Todas las plantas, mayormente las más tiernas, sufren insistentes persecuciones de detritos y gusanos. Sin cariñosas manos que la protejan, les sería prácticamente imposible el desenvolvimiento y la fructificación; muchos días de vigilancia requieren del fruticultor antes de atendernos en el pomar.

¿Ignoras que lo mismo acontece en el campo del corazón?

Las malas experiencias de un niño, lo acompañan en la vida entera.

Dice un antiguo proverbio: “con el tiempo la hoja del moral se convierte en una vellosa seda”; pero no podemos olvidar que también con el tiempo las aguas desamparadas y olvidadas, se transforman en pantano.

No te rebeles contra la sementera de la reflexión y de la bondad, que el cariño paterno realiza en tu espíritu.

Sobre todo, no te impresiones con la fantasiosa opinión de los colegas de la calle. El tiempo dará cuerpo a los principios inferiores o superiores que abracés y, mientras el compañero extraño a tu hogar puede ser el amigo de algunos días, tu papá será el amigo y benefactor de muchos años.

38

EL REMEDIO IMPREVISTO

El pequeño príncipe Julián andaba enfermo y abatido.

No jugaba, no estudiaba, no comía. Perdiera hasta el gusto de coger los melocotones sabrosos del pomar. Se olvidaba de los juegos y del caballo.

Vivía triste y callado en el cuarto, tendido en su otomana.

Mientras la madrecita, afligida, se desvelaba junto a él, el rey experimentaba con muchos médicos.

Pero, los facultativos llegaban y salían, sin resultados satisfactorios.

El niño sentía un gran malestar. Cuando se le aliviaba el dolor de cabeza, le venía el dolor en los brazos. Y cuando los brazos mejoraban, las piernas se ponían a dolerle.

El soberano, preocupado, hizo invitación pública a los científicos del País. Recompensaría extraordinariamente a quien le curase el hijo.

Después que muchos médicos famosos ensayaron, en balde, apareció un viejito humilde que propuso al monarca diferente medicación. No exigía pago. Reclamaba tan solo plena autoridad sobre el enfermito. Julián debía hacer lo que le fuese ordenado.

El padre aceptó las condiciones y, al día siguiente, el niño fue entregado al anciano.

El sabio anónimo condujo al pequeño al trato con la tierra y le recomendó que arrancase la hierba dañina que amenazaba el tomatero.

—¡No puedo! ¡Estoy enfermo! — gritó el niño.

El viejito, con todo, lo convenció, sin impacientarse, de que el esfuerzo era posible y, enseguida, ambos liberaron a las plantas de la hierba invasora.

Vino el sol, pasó el viento; las nubes, en lo alto, rondaban la tierra, como fijándose donde estaba el campo más necesitado de lluvia...

Un poco antes del mediodía, Julián le dijo al viejo que tenía hambre. El humilde sabio sonrió, contento, le enjugó el copioso sudor y lo llevó a almorzar.

El joven devoró la sopa y las frutas, gustosamente.

Después de un ligero descanso, volvieron a trabajar.

En el siguiente día, el anciano llevó al príncipe a servir en la construcción de una pequeña pared.

Julián aprendió a manejar los instrumentos menores de un albañil y se alimentó, aún mejor ese día.

Terminada la primera semana, el orientador le trazó un nuevo programa. Se levantaba de mañana para darse un baño frío, se obligaba a cavar la tierra con una azada, almorzaba y reposaba. Luego más tarde, antes del atardecer, tomaba los libros y los cuadernos para estudiar, y a la nochecita, terminada la última comida, jugaba y paseaba, en compañía de otros jóvenes de su misma edad.

Transcurridos dos meses, Julián era restituido a la autoridad paternal, rosado, robusto y feliz. Ardía, ahora, en deseos de ser útil, ansioso por hacer algo bueno. Descubriera, al fin, que el servicio para el bien es la más rica fuente de salud.

El rey, muy satisfecho, intentó recompensar al viejito.

Sin embargo, el anciano se esquivó, añadiendo:

—Gran soberano, el mayor salario de un hombre reside en la ejecución de la voluntad de Dios, a través del trabajo digno. Enseña la gloria del servicio a tus hijos y tutelados, y tu reino será bendito, fuerte y feliz.

Dicho esto, desapareció en la multitud y nadie más lo vió.

39

DE LOS ANIMALES A LOS NIÑOS

Mi pequeño amigo.

Oiga.

No nos haga daño, ni nos suponga sus adversarios.

Somos la inmensa clase de servidores de la naturaleza e igualmente criaturas de Dios.

Cuidamos de la siembra para que no le falte el pan, aunque muchos de nuestra familia, por ignorancia, ataquen a los brotes tiernos de la verdura y de los árboles, devorando gérmenes y flores. Somos nosotros, sin embargo, que, en la mayoría de las veces, garantizamos el abono a las plantaciones y las defendemos contra los compañeros dañinos.

Si usted nos persigue, sin consideración por nuestras flaquezas, ¿Quién le suplirá el hogar de leche y huevos?

No tenemos paz en nuestras cuevas y nidos, obligados como estamos a socorrer las necesidades de los hombres.

¿Usted ya notó el pastor, orientándonos cuidadosamente? Lo juzgábamos, en otro tiempo, un protector incondicional que nos salvaba del peligro por amor, y le lamíamos las manos, con agradecimiento. Descubrimos, al final, que siempre nos guiaba, transcurrido algún tiempo, hasta el matadero, entregándonos a los verdugos sin piedad. A veces, conseguíamos escapar por momentos, volviendo hasta él, suplicando ayuda, y veíamos, desilusionados, que él mismo auxiliaba al verdugo a enterrarnos el cuchillo dentro de la garganta.

Al principio, nos desesperamos. Comprendimos, después, que los hombres exigían nuestra carne y nos resignamos, esperando en el Supremo Creador que todo lo ve.

Las dueñas de casas que normalmente nos llaman, gentiles, a través de corrales, pocilgas y gallineros, nos conquis-

tan con la amistad y la confianza, para después, decretar nuestra muerte, arrastrándonos espantados y semivivos aún, al agua hirviente.

No nos rebelamos. Sabemos que hay un Padre bondadoso y justo, observándonos, por cierto, los padecimientos y humillaciones, apreciando nuestros sacrificios.

De cualquier modo, todavía, estamos inseguros en todas partes. Ignoramos si hoy mismo seremos obligados a abandonar nuestros hijitos en lágrimas o a separarnos de nuestros queridos padres, con el fin de que sirvamos de comida para alguien.

¿Por qué motivo, entonces, se acordará usted de apedrearnos sin piedad?

No nos maltrate, buen amigo.

Ayúdenos a producir para el bien.

Usted aún es pequeño y, por esto mismo, aún no puede haber adquirido el gusto de matar.

¿No es justo, que nos coloquemos, así, con las manos unidas, ante su mirada bondadosa, esperando de su corazón aquel amor sublime que Jesús nos enseñó?

40

LA LEYENDA DEL ÁRBOL

En el principio del mundo, cuando los distintos reinos de la naturaleza ya se hallaban apaciguados, y mientras el oro y el hierro reposaban en el subsuelo, el hombre, los animales de gran tamaño, los pajaritos, las mariposas, las hierbas y las aguas vivían en la superficie de la Tierra... Y el Supremo Señor, notando que los servicios sobre el planeta se desenvolvían con regularidad, los llamó a su trono de luz, con el fin de oírlos.

La importante audiencia del Todopoderoso comenzó por el hombre, que se aproximó al Altísimo informándole:

—Padre mío, el globo terrestre es nuestra oficina gloriosa. Mi esposa, tanto como yo, nos sentimos muy felices; entretanto, experimentamos la falta de alguien que nos haga compañía, alrededor del hogar, y nos auxilie a criar a nuestros hijitos.

El Todo-Misericordioso mandó a anotar la referencia del hombre y continuó oyendo a las otras criaturas.

Vino el Buey y habló:

—Señor, estoy muy bien; con todo, vago sin descanso durante la hora de sol. Grande es mi fatiga y mi resistencia es cada vez menor...

Vino el caballo y reclamó:

—Yo también, Gran Rey, siento que el calor me aflige cada día...

Se aproximó la cabrita y rogó: —

Poderoso, estoy expuesta a la persecución de todo el mundo. ¿No tendré la gracia de tener un amigo que me proteja y defienda?

Luego, surgió un gracioso pajarito y suplicó:

—Celeste Monarca, recibí la bendición de la vida, pero no tengo recursos para hacer mi nido. En los pastos rastreros, no puedo construir la casa...

Se adelantó la mariposa e imploró:

—Mi Dios, todo es bello en el mundo; pero ¿Dónde reposaré?

En último lugar, llegó el río y dijo:

—Gran Señor, vengo cumpliendo con mis deberes en la tierra, escrupulosamente, pero preciso de alguien que me ayude a conservar las aguas...

El Supremo Soberano quedó pensativo y prometió providenciar.

Al día siguiente, toda la Tierra apareció diferente.

Los árboles robustos y acogedores habían surgido, representando la sublime respuesta de Dios.

41

EL EJÉRCITO PODEROSO

Un ejército poderoso, a nuestra disposición, está constituido, en la actualidad, por veintitrés soldaditos del progreso.

Se separan, se mueven, se entrelazan y dominan al gran país de las ideas.

Sin ello, creceríamos hacia la sombra o hacia la brutalidad.

En compañía de esos auxiliares pequeñitos, penetramos a los santuarios de la ciencia y del arte, perfeccionando la vida.

¿Quién no los conoce?

Están en los documentos más importantes.

Hacen los mensajes telegráficos y las recetas de los médicos.

Dan noticias de otras regiones y de otros climas.

Cuentan las sorpresas del cielo, y explican algunas cosas sobre las estrellas lejanas.

Proporcionan preciosas noticias.

Son emisarios del cariño entre los hijos y las madres distantes.

Pocos recuerdan los inmensos beneficios que todos debemos a esos ayudantes minúsculos. No obstante, ellos nos sirven sin recompensa. Nada reclaman por el trabajo que nos prestan.

Alimentan las raíces de los valiosos conocimientos de los administradores, de los jueces, de los médicos, de los artistas, sin ninguna remuneración.

Son instrumentos de las luces espirituales que se transmiten, de cerebro a cerebro, enriqueciendo la vida; sin em-

bargo, así como casi nunca no recordamos de alabar al agua, al viento, o a la planta, que representan gloriosas dádivas del Altísimo, muy raramente les observamos los servicios. Jamás se cansan. Viven en el pensamiento, de donde se expanden, amparando nuestros intereses y realizaciones.

Los malos se valen de ellos para hacer la guerra; los buenos los emplean en la edificación de la paz y el confort, para la redención y felicidad del mundo.

Esos soldaditos humildes y serviciales son las letras del alfabeto. Sin la cooperación de ellos, el mundo no sería tan bello y la vida no sería tan buena, porque el acceso al reino espiritual se volvería extremadamente difícil.

Aprender a trabajar con esos pequeños auxiliares de la inteligencia es buscar tesoros imperecederos.

El castillo de la cultura humana comienza con la colaboración de ellos y va hasta la patria divina, donde mora la sabiduría de los ángeles.

42

EL AMIGO SUBLIME

Es siempre el amigo sublime.

Educa sin herirnos.

Divierte, edificándonos el carácter.

Nos revela el pasado y nos prepara, delante del porvenir.

Nos repite lo que Sócrates enseñó en las plazas de Atenas.

Descubre ante nuestra mirada maravillada las civilizaciones pasadas. El Egipto resplandeciente de los faraones, la Grecia de los filósofos y artistas, la Jerusalén de los hebreos, desfilan ante nuestra imaginación, a su toque espiritual.

Nos cuenta lo que realizó moisés, el gran legislador.

Nos recuerda las palabras de Platón y Aristóteles.

Junto a él, aprendemos cuanto sufrieron nuestros antepasados, en la conquista del bienestar que disfrutamos en la actualidad.

Nos describe la inutilidad de las guerras nacidas del odio que devastaron al mundo. Nos aconseja sobre la sementera de la tranquilidad y la alegría. Nos ayuda en el entendimiento de nosotros mismos y en la comprensión de nuestros vecinos. Nos da coraje para el trabajo, y humildad en el camino de la experiencia.

Sin él, perderíamos las más bellas noticias de nuestros abuelos y la obra de la vida no alcanzaría la necesaria significación; pasaríamos por la Tierra en pleno desconocimiento unos de otros, y la lección preciosa de los hombres mas viejos no llegaría a los oídos de los mas jóvenes; la religión y la ciencia probablemente no surgirían a la luz de la realidad; los mas elevados ideales del espíritu humano morirían sin eco; la

industria, el comercio y la navegación no poseerían puntos de apoyo.

Es el trazo de unión, entre los que enseñan y aprenden, entre los milenios que se fueron y el día que vivimos, ahora.

Es, aún, a ese amigo bendito a quien debemos la colección de noticias y enseñanzas de Jesús, que renuevan la Tierra para el Reino Divino.

Ese inolvidable benefactor del mundo es el libro edificante. Por esto no nos olvidemos de que todo libro consagrado al bien es un compañero iluminado de nuestra vida, que merece la estima y el respeto universal.

43

EL PAVO PREDICADOR

Un bello pavo, después de convivir largo tiempo en la intimidad de una familia que disponía de vastos conocimientos evangélicos, aprendió a transmitir las enseñanzas de Jesús, esperando también sus divinas promesas. Tan versado quedó en las letras sagradas, que pasó a propagarlas entre las otras aves.

De cuando en cuando, era visto hablando en su extraño lenguaje “gla–gle–gli–glo–glu”. Naturalmente, no era comprendido por los hombres. Pero los otros pavos y otras aves, lo entendían perfectamente.

Comenzaba el comentario de las lecciones del Evangelio y el patio se llenaba rápidamente. Hasta los pollitos se tranquilizaban bajo las alas maternas, a fin de oírlo.

El pavo, muy confiado, aseguraba que Jesucristo, era el salvador del mundo, que vino a alumbrar el camino de todos y que, como base de su doctrina, colocara el amor de las criaturas unas para con las otras, garantizando la formula de la verdadera felicidad en la Tierra. Decía que todos los seres, para que vivieran tranquilos y contentos, deberían perdonar a los enemigos, disculpar a los desviados y socorrerlos.

Las aves comenzaron a venerar el Evangelio; sin embargo, cuando llegó la navidad del Maestro Divino, fue que algunos hombres vinieron a los lagos, gallineros, corrales y, después que se refirieron excesivamente al amor que dedicaban a Jesús, enlazaron pollos, patitos y pavos, matándolos, allí mismo, ante el asombro general.

Hubo muchos gritos y lamentaciones, pero los perseguidores, alegando la fiesta de Cristo, distribuyeron golpes y porrazos a voluntad.

Hasta la misma esposa del pavo predicador, fue muerta también.

Cuando el silencio se hizo en el patio, al caer la noche, había en todas partes una enorme tristeza e irremediable angustia en el corazón.

Las aves afligidas rodearon al adoctrinador y lo acribillaron con preguntas dolorosas.

¿Cómo adorar a un Señor que aceptaba tantas manifestaciones de sangre en la fiesta de su natalicio? ¿Cómo explicar tanta maldad por parte de los hombres que se declaraban cristianos y operaban tanta matanza? ¿No cantaban ellos, himnos de homenaje al Cristo? ¿No se decían discípulos de Él? ¿Necesitaban, entonces, de tantas muertes y lágrimas, para reverenciar al Señor?

El pastor con alas, muy contrariado, prometió responder al día siguiente. Se hallaba igualmente, cansado y oprimido. En la mañana del otro día, ante el sol rutilante de la navidad, esclareció a los compañeros que la orden de matar, no venía de Jesús, que prefirió la muerte en el madero a tener que ajusticiar; que debían todos ellos continuar, por eso mismo, amando al Señor y sirviéndolo, añadiendo que les correspondía perdonar setenta veces siete.

Explicó, por fin, que los hombres degolladores estaban anunciados en el versículo quince, del capítulo siete, del apóstol Mateo, que esclarece: – “Tened cautela, sin embargo, de los falsos profetas, que vienen hasta vosotros vestidos como ovejas, pero interiormente son lobos devoradores.” Enseguida, el pavo recitó el capítulo cinco del mismo evangelista, comentando las bienaventuranzas prometidas por el Divino Amigo, a los que lloran y padecen en el mundo.

Se verificó, entonces, un inmenso bienestar en la comunidad atormentada y afligida, porque las aves se acorda-

ron que el propio Señor, para alcanzar la gloriosa resurrección, aceptó la muerte con sacrificio, igual al de ellas.

44

SOMOS LLAMADOS A SERVIR

El legislador, con la pluma, traza los decretos para regir al pueblo.

El escritor utiliza el mismo instrumento y escribe libros que renuevan el pensamiento del mundo.

Pero, no es sólo la pluma, la que, manejada por el hombre, consigue expresar la sabiduría, el arte y la belleza, en la vida.

Una simple escoba hace la alegría de la limpieza, y sin limpieza, el administrador o el poeta no consiguen trabajar.

El arado labra el suelo y traza líneas de las cuales surgirán el maíz, el arroz, la patata y el trigo, llenando los graneros.

La azada grava surcos benditos en el suelo, con el fin de que la siembra progrese.

El cepillo corrige la madera bruta, cooperando en la construcción del hogar.

La ventana es un poema silencioso comunicándonos con la naturaleza externa; el lecho es un santuario horizontal, convidando al descanso.

El mazo toma el hierro y lo transforma en preciosas utilidades.

El plato recoge el alimento y nos sugiere la caridad.

El molino recibe los granos y los convierte en el milagro de la harina.

El barro despreciable, en las manos dedicadas del alfarero, en breve tiempo surge metamorfoseado en un precioso vaso.

Todos los instrumentos de trabajo en el mundo, tanto como la pluma, concretan los ideales superiores, las aspiraciones del servicio y los impulsos nobles del Alma.

Nadie suponga que, delante de Dios, los grandes hombres son solamente aquellos que usan la autoridad intelectual manifiesta. Cuando los políticos orientan y gobiernan, es el tejedor quien les abriga el cuerpo. Si los jueces se congregan en las mesas de paz y justicia, son los labradores quienes les ofrecen los recursos para comer.

¡Alabemos, pues, a la Inteligencia Divina, que dirige los intereses del mundo!

Si cada árbol produce, según su especialidad, en beneficio de la prosperidad común, acordémonos de que todos somos llamados a servir, en la obra del Señor, de manera diferente.

Cada trabajador, en su campo, será honrado por la cuota de bien que produzca, y cada siervo permanezca convencido de que el mayor homenaje susceptible de ser prestado por nosotros al Señor, es la correcta ejecución de nuestro deber, donde estuviéramos.

45

EL ÁNGEL DE LA LIMPIEZA

Adelia oyó hablar de Jesús y tomó tan gran pasión por el cielo, que se nutría en un único deseo – ser un ángel para servir al Divino Maestro.

Para eso, la buena niña se hizo humilde y obediente, y, cuando no se hallaba en la escuela en contacto con los libros, se mantenía en la cámara de dormir en fervorosas oraciones.

Se rodeaba de lindos gravados, en los que los artistas del pincel recuerdan el paso de Cristo entre los hombres, y llena de lágrimas, repetía: – ¡Señor, quiero ser tuya! ¡Quiero servirte!...

La madrecita, en ardua lucha doméstica, en balde la convidaba a los servicios de la casa.

Adelia sonreía, se abrazaba a ella y reafirmaba su propósito de prepararse para la compañía del Divino Amigo.

La bondadosa señora, observando que el ideal de la hija solo merecía alabanzas, la dejaba en paz con sus estudios y las oraciones de cada día.

Los meses corrieron unos sobre otros y la joven proseguía inalterable.

Orando siempre, suplicaba al Señor que la transformase en un Ángel.

Transcurridos dos años de rogativas, soñó, cierta noche, que era visitada por el Maestro Amoroso.

Jesús se envolvía en una vasta aureola de claridad sublime. La túnica luminosa, a caerle desde los hombros con gracia y belleza, parecía de nieve coronada de sol.

Extendiéndole la diestra compasiva, el Cristo le dijo:

–Adelia, oí tus suplicas y vengo a tu encuentro. ¿Deseas realmente servirme?

—¡Sí, Señor! — respondió la pequeña, inflamada de jubilosa conmoción, convencida de que el Salvador la conduciría en aquel mismo instante para el Cielo.

—¡Oye! — Tornó a decir el Maestro, dulcemente.

Ansiosa de ponerse en camino del Paraíso, la joven replicó, reverente:

—¡Dime Señor! ¡Estoy lista!... ¡Llévame contigo, me siento afligida para comparecer entre los que retienen la gloria de servirte en el plano celestial!...

El Cristo sonrió, bondadoso, y consideró:

—No Adelia. Nuestro Padre no te colocó en la tierra, inútilmente. Tenemos enormes servicios a realizar en este mundo. Estimo tus oraciones y tus pensamientos de amor, pero necesito de alguien que me ayude a retirar la basura y los detritos que se amontonan, no lejos de tu casa. Niños crueles perjudican la red de cloacas, a pequeña distancia de tu hogar. Allí se encuentra un peligroso foco de molestias, amenazando a trabajadores desprevenidos, a madres devotas y a niños incautos. ¡Ve, hija mía! Ayúdame a salvarlos de la muerte. Estaré contigo, auxiliándote en esa meritoria tarea.

La niña, preocupada, quiso hacer preguntas, pero el Maestro se alejó, suave...

Despertó sobresaltada.

Era de día.

Se vistió de prisa y buscó la zona indicada. Con coraje, consiguió desinfectantes, se armó con azada y escoba, pidió la colaboración materna, y el foco infeccioso fue extinguido.

La discípula obediente, sin embargo, no se paró nunca más.

Diariamente, al regresar de la escuela, se ponía a colaborar con la mamá, en casa, celando también en cuanto le era posible, por la higiene de las vías públicas y enseñando a otras niñas a ser tan cuidadosas como ella. Tanto trabajó y se

esforzó que, cierto día, el director del grupo escolar le confirió el título de Ángel de la limpieza. Profesoras y colegas conmemoraron festivamente el acontecimiento.

Llegada la noche, durmió contenta y soñó que Jesús venía a su encuentro, de nuevo.

Rodeado de luz, la abrazó, con ternura, y le dijo suavemente:

—¡Bendita seas, hija mía! Ahora, que los propios hombres te reconocen como benefactora, te agradezco los servicios que me prestas diariamente. Ángel de la limpieza en la Tierra, serás Ángel de luz en el paraíso.

Con lágrimas de intensa alegría, Adelia despertó feliz, comprendiendo, cada vez más, que la verdadera ventura reside en colaborar con el Señor, en los trabajos del bien, en todas partes.

46

EN EL PASEO MATINAL

Dionisio, el molinero, partió muy temprano en compañía de su hijito, en dirección al gran maizal.

La mañana se había hecho linda.

Los montes próximos parecían cubiertos de gases a revolotear.

Las hojas de la hierba, guardando aún, el rocío nocturno, se asemejaban a un caprichoso tejido verde, adornado de perlas. Flores bermejas aquí y allí, daban la idea de joyas esparcidas en el suelo.

Los árboles, muy grandes, a la orilla del camino, despertaban, suavemente, al paso del viento.

El Sol aparecía, brillante, revistiendo el paisaje en una corona resplandeciente.

Reinaldo, el pequeño guiado por la mano paterna, seguía en un deslumbramiento. No sabía que admirar más: si el lecho de neblina muy alba o si el horizonte inflamado de luz. En un momento dado, preguntó, feliz:

—Papá, ¿De quién es todo el mundo?

—Todo pertenece al Creador, hijo mío — esclareció el molinero, satisfecho — el Sol, el aire, las aguas, los árboles y las flores, todo es obra de Él, nuestro Padre y Señor.

—¿Para qué es todo esto? — continuó el pequeño, contento.

—Con el fin de graduarnos en esta escuela divina, que es la tierra.

—¿Escuela?

—Sí, hijo — tornó a decir el progenitor paciente — aquí debemos aprender, en el trabajo, a amarnos unos a los otros, perfeccionando nuestros sentimientos, tanto como debemos

perfeccionar el suelo que pisamos, transformando colinas, huertas, maizales y jardines.

Reinaldo no entendió, de pronto, lo que significaba “perfeccionar sentimientos”; con todo, sabía perfectamente lo que venía a ser la remoción de un monte empedrado. Sorprendido, volvió a indagar:

—Entonces Papá, ¿Somos obligados a trabajar, tanto así? ¿Cómo sería posible modificar este mundo tan grande?

El molinero pensó algunos instantes y observó:

—Mi hijo, ya oí decir que una golondrina vagaba sola, cuando notó que un incendio acababa con su campo predilecto. El fuego consumía plantas y nidos. En vano gritó por socorro. Reconociendo que nadie escuchaba sus súplicas, se fue rápidamente para el riachuelo distante, sumergiendo sus pequeñas alas en el agua fría y límpida; de ahí, volvía a la zona incendiada, sacudiendo las alas mojadas sobre las llamas devoradoras, procurando apagarlas. Repetía la operación, ya varias veces, cuando se aproximó un gavián perezoso, preguntándole con ironía:

“¿Usted, en verdad, cree combatir un incendio tan grande con algunas gotas de agua?” La avecita servidora, sin embargo, respondió con calma:

—“Es probable que yo no pueda hacer toda la obra; entretanto, soy inmensamente feliz cumpliendo mi deber.”

El molinero hizo una pausa e interrogó al hijo:

—¿No cree usted que podemos imitar semejante ejemplo? Si todos procediésemos como la golondrina trabajadora y vigilante, en poco tiempo toda la Tierra estaría transformada en un paraíso.

El niño se calló, entendiendo la extensión de la enseñanza y, en lo íntimo, contemplando la belleza del cuadro matinal, desde las márgenes del camino hasta la montaña distante, se prometió a sí mismo que procuraría cumplir en el

mundo con todas las obligaciones que le correspondiesen en la obra sublime del Infinito Bien.

47

LA ENSEÑANZA DE LA SIEMBRA

Cierto hacendado, muy rico, llamó al hijo de quince años y le dijo:

—Hijo mío, todo hombre solamente recogerá de aquello que siembre. Cuídate de hacer bien a todos, para que seas feliz.

El joven oyó el consejo, y al día siguiente, muy cariñoso sembró un minúsculo acajú en un local no distante de la carretera que unía la aldea próxima con la propiedad paterna.

Transcurrida una semana, habiendo recibido de las manos paternas un presente en dinero, fue a la villa y protegió la pequeña fuente natural, construyéndole conveniente abrigo con la cooperación de algunos pocos trabajadores, a los cuales recompensó, generosamente.

Dándose cuenta que varios mendigos pasaban por allí, a la intemperie, acumuló las dádivas que recibía de los familiares y, cuando cumplió veinte años, edificó un reconfortante albergue para asilar a viajeros sin recursos.

Luego más tarde, la vida le impuso amargas sorpresas.

Su madrecita murió en un desastre y el padre, en virtud de las persecuciones de poderosos enemigos en la lucha comercial, empobreció rápidamente, falleciendo enseguida. Dos hermanas más viejas se casaron y tomaron diferentes rumbos.

El joven, ahora solito, aunque jamás olvidase los consejos paternos, se rebeló en contra de las ideas nobles y partió mundo afuera.

Trabajó, ganó una enorme fortuna y la gastó, gozando de los placeres inútiles.

Nunca más se acordó de sembrar el bien.

Los años pasaron unos sobre otros.

Vencido a la edad madura, se dio al vicio de jugar y beber.

Muchas veces, el espíritu de su padre se le aproximaba, rogándole cuidados y arrepentimiento. El hijo registraba los ruegos en forma de pensamientos, pero se negaba a atenderlo. Quería solamente comer a voluntad y beber en las casas ruidosas, hasta la madrugada.

Pero acontece que el equilibrio del cuerpo tiene límites y la salud se le alteró de manera lamentable. Le aparecieron heridas por todo el cuerpo. No podía alimentarse regularmente. Perdió la fortuna que poseía, a través de viajes y tratamientos caros. Como no hizo amistades, fue relegado al abandono. Se le blanquearon los cabellos. Los amigos de las noches alegres huyeron de él; avergonzado, se alejó de la ciudad a la que se acogiera y se transformó en un mendigo.

Peregrinó por muchos lugares y por muchos climas, hasta que un día, sintió inmensa nostalgia del antiguo hogar y volvió al pequeño rincón que lo viera nacer.

Hizo la larga excursión a pie. Transcurridos muchos días, llegó extenuado, al sitio de otro tiempo.

El acajú que plantó, se había convertido en un árbol dadivoso. Encantado, le vio los frutos tentadores. Los aprovechó para matar su propia hambre y siguió para la villa. Tenía sed, y buscó la fuente. La corriente cristalina, bien protegida, le acarició la boca reseca.

Nadie lo reconoció, tan abatido estaba.

Pronto, descendió la noche y sintió frío. Dos hombres caritativos le ofrecieron los brazos y lo condujeron al viejo asilo que él mismo construyera. Cuando entró al recinto, derramó muchas lágrimas, porque su nombre estaba grabado en la pared con palabras de reconocimiento y bendición.

Se acostó, oprimido, y durmió.

En el sueño, vio al espíritu del padre, junto a él, exclamando:

—¿Aprendiste la lección, hijo mío? Sentiste hambre y el acajú te alimentó; tuviste sed y la fuente te sació; necesitabas asilo y te acogiste en el hogar que edificaste a favor de los que pasan con destino incierto...

Abrazándolo con ternura, añadió:

—¿Por qué dejaste de sembrar el Bien?

El interpelado nada pudo responder. Las lágrimas le embargaban la voz, en la garganta.

Despertó, mucho tiempo después, con el rostro lavado por el llanto, y cuando el encargado del abrigo le preguntó lo que deseaba, informó simplemente:

—Necesito tan solo de una azada... Es preciso recomenzar a ser útil, de cualquier modo.

48

EL ESPÍRITU DE LA MALDAD

El espíritu de la maldad, que promueve aflicciones para mucha gente, viendo, en una determinada mañana, un nido de pájaros felices, proyectó destruir a las pobres aves.

La madrecita con alas, muy contenta, acariciaba a los hijitos, mientras el papá volaba, en búsqueda de alimento.

El espíritu de la maldad notando aquella inmensa alegría se exasperó. Mataría a todos los pajaritos, pensó para sí. No obstante, para eso, necesitaba de alguien que lo auxiliase. Aquella acción exigía manos humanas. Comenzó, entonces, a buscar la compañía de los niños. ¿Quién sabe si algún niño podría obedecerlo?

Fue a casa de Juancito, el hijo de doña Laura, pero Juancito estaba muy ocupado en la asistencia al hermano menor, y, como el espíritu de la maldad tan solo puede arruinar a las personas insinuándose a través del pensamiento, no encontró medios de dominar la cabeza de Juan. Corrió a la residencia de Celina, la hija de doña Carlota. Encontró a la niña trabajando, muy atenta, en una blusa de tricot, bajo la orientación materna, y en vista de hallarle el cerebro tan lleno de ideas de agujas, de hilos de lana y piezas por acabar, no consiguió transmitirle el propósito infeliz. Se dirigió, entonces, a la quinta del señor Vitalino, para observar si Quincas, el hijo de él, estaba en condiciones de servirlo. Pero, Quincas, justamente a esa hora, se mantenía obediente, bajo las órdenes del papá, plantando varias matas de naranjera y tan alegre se encontraba, meditando en la bondad de la lluvia y en las naranjas del futuro, que ni levemente persiguió las ideas venenosas que el espíritu de la maldad le soplaban en la cabeza. Reconociendo la imposibilidad de absorberlo, el genio

del mal se acordó de Marquitos, el hijo de Doña Concepción. Marquitos era muy mimado por su madre, que no lo dejaba trabajar y le protegía su vida de vaga. Tenía doce años bien hechos y vivía de casa en casa reinando en la pereza. El espíritu de la maldad lo buscó y lo encontró, a la puerta de un botiquín, con un enorme cigarro en la boca. Las manos de él, estaban desocupadas y la cabeza vacía.

—¿Vamos a matar pajaritos? — Dijo el horrible espíritu a los oídos del perezoso.

Marquitos no lo escuchó en forma de voz, pero lo oyó en forma de idea.

Salió, de repente, con un deseo incontrolable de encontrar avechitas para la matanza.

El espíritu de la maldad, sin que él lo percibiese, lo condujo, fácilmente, hasta el árbol en que el nido feliz recibía las caricias del viento. El niño, a pedradas criminales, aniquiló al padre, a la madre y a los hijitos. El genio sombrío le tomó las manos, y después del asesinato de las aves, lo llevó a cometer muchas otras faltas que le perjudicaran la vida, por muchos y muchos años.

Solamente más tarde, fue que Marquitos comprendió que el espíritu de la maldad tan solo puede actuar, en el mundo, por intermedio de niños vagos o de hombres y mujeres votados a la pereza y al mal.

49

EL DIVINO SERVIDOR

Cuando Jesús nació, una estrella más brillante que las otras lucía, en pleno cielo, indicando el pesebre.

Al principio, poca gente conocía su misión sublime.

Pero, en verdad, asumiendo la forma de un niño, venía él, de parte de Dios, nuestro Padre Celestial, con el fin de santificar a los hombres e iluminar los caminos del mundo.

El Supremo Señor que nos lo envió es el dueño de todas las cosas. Millones de mundos están gobernados por sus manos. Su poder todo lo abarca, desde el sol distante, hasta el gusano que se arrastra bajo nuestros pies; y Jesús, emisario de Él en la Tierra, modificó el mundo entero. Enseñando y amando, aproximó a las criaturas entre sí, esparció las semillas de la compasión fraternal, dando ocasión para la fundación de hospitales y escuelas, templos e instituciones, consagrados a la elevación de la humanidad. Influenció, con sus ejemplos y lecciones, en los grandes imperios, obligando a príncipes y admiradores, egoístas y malos, a modificar sus programas de gobierno. Después de su venida, las prisiones infernales, la esclavitud del hombre por el hombre, la sentencia de muerte indiscriminada a cuantos no pensasen de acuerdo con los más poderosos, dieron lugar a la bondad salvadora, al respeto por la dignidad humana y por la redención de la vida, poco a poco.

Más allá de esas gigantescas obras, en los dominios de la experiencia material, Jesús, convirtiéndose en el Maestro Divino de las Almas, hizo aún mucho más.

Probó al hombre la posibilidad de construir el reino de paz, dentro del propio corazón, abriendo la senda celestial a la felicidad de cada uno de nosotros.

Entretanto, el mayor embajador del cielo para la Tierra fue igualmente un niño.

Vivió en un hogar pobre y humilde, tanto como ocurre con millones de niños, pero no pasó la infancia despreocupadamente. Tuvo compañeros cariñosos y jugó junto a ellos. No obstante, era visto diariamente a trabajar en una carpintería modesta. Vivía con disciplina. Tenía deberes con el serrucho, el martillo y los libros. Por representar al Supremo Poder, en la Tierra, no se movía a voluntad, sin ocupaciones definidas. Nunca se sintió superior a los pequeños que lo rodeaban y jamás se dedicó a la humillación de los semejantes.

He porque un joven mantenido libre, sin obligaciones de servir, atender y respetar, permanece en peligro.

Hijo de padres ricos o pobres, el niño desocupado es invariablemente un vagabundo. Y un vagabundo aspira al título de malhechor, en todas las circunstancias. Aunque no posea orientadores esclarecidos en el ambiente en que respira, el joven debe procurar el trabajo edificante, en el que pueda ser útil al bien general, pues si el propio Jesús, que no necesitaba de ningún amparo humano, ejemplificó el servicio al prójimo, desde los años más tiernos, ¿Qué no debemos hacer a fin de aprovechar el tiempo que nos es concedido en la Tierra?

50

ORACIÓN DE LOS JÓVENES

¡Maestro Amado!

Acéptanos el corazón en tu servicio, y, Señor, no nos deje sin tu lección.

Enséñanos a obedecer en la extensión del bien, para que sepamos administrar para la gloria de la vida.

Corrígenos el entusiasmo, con el fin de que la pasión inferior no nos destruya.

Modéranos la alegría, alejándonos del placer vicioso.

Rectifícanos el descanso, para que la ociosidad no nos domine.

Ayúdanos a gastar el tesoro de las horas, distanciándonos de las sombras del día perdido.

Inspíranos el coraje, evitándonos la caída en los peligros de la precipitación.

Oriéntanos en la defensa del bien, del derecho y de la justicia, con el fin de que no nos convirtamos en simples juguetes de la maldad y de la indisciplina.

Dirígenos los impulsos, para que nuestra fuerza no sea movilizada por el mal.

Ilumínanos el entendimiento, de modo que nos inclinemos, felices, ante las sugerencias de la experiencia y de la sabiduría, a fin de que la humildad nos preserve contra las sombras del orgullo.

¡Señor Jesús, nuestro valeroso Maestro, ayúdanos a estar contigo, tanto cuanto estás con nosotros!

Así sea.

